

# CRISTIANIDAD



## 15 RAZON DE ESTE NUMERO

Su Santidad Pío XI. Los mismos apelativos con los cuales es conocido — recordemos los de Papa de las Misiones y de la Acción Católica — son un claro indicio de la profundidad y extensión que alcanzó su grandiosa labor, a la cual acompañaron trascendentales documentos que representaron, en muchos aspectos, un importante jalón para el resurgimiento de vida cristiana en la sociedad.

Pío XI es también el Papa que instituyó la fiesta de Cristo Rey, señalando en el reconocimiento absoluto de esta sublime realeza, el único medio que se ofrece al mundo para alcanzar la verdadera paz; esta realidad la concretó el Pontífice en la memorable fórmula: «**La paz de Cristo en el reino de Cristo**». Bajo este último aspecto exponemos en el presente número — que aparece dentro de la octava de Cristo Rey — la doctrina del gran Papa Pío XI, siguiendo especialmente su luminosa encíclica «Ubi arcano Dei Consilio».

Entre los Soberanos Pontífices que han gobernado la Iglesia en los últimos decenios, ocupa indudablemente uno de los lugares preferentes la egregia figura de

La **Editorial** concreta el significado de los artículos fundamentales de este número, invitando «a los que sientan la angustia de la hora presente» a meditar las palabras del Papa de la Paz. Su título es ya revelador: **Promesas de Paz. En la fiesta de Cristo Rey.**

Sección «**Plura ut unum**»: Después de reproducir un fragmento sobre la **Festividad de Todos los Santos. La fiesta del goce eterno**, firmado por «Apostolus» (pág. 2), se insertan los trabajos que constituyen el núcleo central de esta sección, y que para mayor comprensión de su unidad señalaremos en la siguiente forma:

I. — **El fracaso de la Sociedad de Naciones. «Otra tentativa de paz sin éxito»**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 3, 4, 5 y 6).

II. — **La encíclica «Ubi arcano Dei», Carta Magna de la Paz. «La paz de Cristo en el Reino de Cristo»**, por Pedro Basil (págs. 7, 8 y 9).

III. — **La paz de Cristo en el Reinado del Sagrado Corazón**, por José M.<sup>a</sup> Minoves Fusté (págs. 10 y 11).

IV. — **La cuestión de «Action Française». «Ni paz de Cristo ni reino de Cristo»**, por Domingo Sanmartí (págs. 14, 15 y 16).

V. — **Los Tratados de Letrán**, por Luis Creus Vidal (págs. 17, 18 y 19).

Por último, un relato **De mis recuerdos de peregrino. Pío XI y la exaltación de los Santos a los altares**, por Antonio Pérez de Olaguer (págs. 20 y 21).

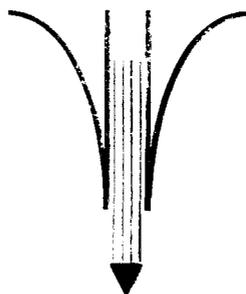
Sección «**Del Tesoro Perenne**», «**Nova et vétera**»: Fragmento de la encíclica de S.S. Pío XI «**Charitate Christi compulsi**» (págs. 22 y 23).

Sección «**A la luz del Vaticano**»: **Notas de interés** (pág. 24).

Las páginas centrales quedan enaltecidas por una reproducción de la efigie del Papa Pío XI, junto a una breve descripción de los momentos más notables de su Pontificado.



*Industrial* **G. V. C.**



**BARCELONA**

*Tejidos de lana*

**Barata Hnos.,**  
SUCESOR

Oficinas: Plaza Maragall, núm. 2  
Teléfono 2322 • *Tarrasa*

CONFITERIA

**Carol**

MAYOR DE GRACIA, 98

*Barcelona*

# CRISTIANDAD

1 Noviembre de 1944

NÚMERO 15 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL . . . . . 48' - Ptas.

TRIMESTRAL . . . . 12' - »

EJEMPLAR . . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

**B A R C E L O N A**

ECHEGARAY, 19 - MADRID

## PROMESAS DE PAZ EN LA FIESTA DE CRISTO REY

*La laboriosa conferencia de la paz que siguió en la pasada gran guerra a la firma del armisticio, dió como uno de sus principales frutos el Estatuto de la Liga de Naciones. El 14 de febrero de 1919 el Presidente Wilson leyó en sesión solemne los artículos del proyecto, exclamando: "He aquí la condenación de la guerra y la garantía de la Paz", y alguien llamó a este proyecto "La Carta de la Humanidad".*

*Algo había que decir, y tal vez más todavía, algo había que esperar. Con todo, sólo tres años después (años repletos de toda suerte de inquietudes) podía ya hablarse del fracaso de la Sociedad de Naciones, y así lo hace en efecto Pío XI al afirmar en su primera Encíclica: "Cuántas tentativas se han hecho hasta ahora a este respecto ("poner remedio conducente a la pacificación del mundo") han tenido muy poco o ningún éxito...". Porque "No hay institución humana alguna que pueda imponer a todas las Naciones un Código de leyes comunes acomodado a nuestros tiempos...".*

*En medio de tanta agitación por la Paz la voz serena del Papa desvanece utopías. Labor ingrata, pero labor de caridad, pues ellas ocultan al mundo la solución verdadera. El Papa no vacila en proponerla. La autoridad que recibió de Cristo y de diecinueve siglos de la más ponderada política queda comprometida ante la Historia en sus palabras solemnes:*

*"Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes...: la Iglesia de Cristo. Y ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio".*

\* \* \*

*Pío IX se había atrevido a desafiar el empuje del liberalismo naciente; Pío XI se atreve a proponer remedio al liberalismo fracasado. Pero este remedio no es otro que una verdadera rendición incondicional: la aceptación del Reino de Cristo y por lo mismo la renuncia del principio fundamental de la indiferencia religiosa. Ya que, afirma el Papa, "No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo".*

*Y sin embargo estas palabras no suenan a reto, sino a consoladora esperanza. "trayendo a la memoria con la mayor alegría aquel vaticinio del mismo Cristo:... y se hará un solo rebaño y un solo Pastor".*

*"Dios quiera... que veamos realizada cuanto antes con el resultado más satisfactorio, exclama el Pontífice, esta tan consoladora y cierta profecía del divino Corazón".*

\* \* \*

*"No podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el Reino de Cristo". "Al propagar y restaurar con su celo y diligencia el Reino de Cristo prestan los más excelentes servicios para establecer la paz entre los hombres...".*

*Que mediten estas palabras todos los que sienten la angustia de la hora presente. ¡La voz del Pontífice les hará sentir, a la vez que su responsabilidad, la eficacia de toda buena voluntad y la esperanza de una victoria cierta!*



# La Festividad de Todos los Santos

## La Fiesta del Goce Eterno

Por APOSTOLUS

La fiesta de Todos los Santos, que es como terminación y glorioso resumen del ciclo santoral, tiene en la liturgia católica un acento triunfal. Los textos escogidos por la Iglesia, comentan en tono de exultación los blancos ornamentos del sacrificio. Del Introito a la Epístola, del Evangelio a la Comunión, se despliega el cortejo de palabras sagradas que hablan de una humanidad en la paz inmensa del Amor. Ningún caudillo de pueblos, aun constantemente dichoso y apoyado por el más suntuoso arte, ha levantado jamás sobre un Foro de gloria una columnata de mármol que tenga la belleza eterna de esta liturgia de Todos los Santos, llena de esperanza en la certeza del triunfo de la Iglesia en este último día, que es el día eterno.

\* \* \*

El Introito es un invitatorio a la alegría de la alabanza. Y este júbilo, no es placer de evasión por el que la imaginación sagrada tomaría irrisorio desquite sobre las fealdades y miserias del siglo. No sueña el San Juan del Apocalipsis, cuando en la Epístola entreabre un cielo más poblado que todos los Imperios fundados por los hombres: es el viento de la inspiración profética el que desgarrará el velo del tiempo y del espacio y le pone en presencia de los coros bienaventurados que cantan las alabanzas del Cordero. Cuando el hombre, sólo, intentaba representarse unos Campos-Eliseos más allá de la muerte, no había llegado jamás a dar una substancia de gozo a la esperanza de los justos: no se sabe qué sentimiento difuso, qué impalpable melancolía habitaba estas moradas, preservadas sin embargo del mal, y, en esta atmósfera de nostalgia, las almas rescatadas trocábanse en dolientes sombras. Es que faltaba la presencia del Hijo de Dios, sin el cual las reuniones de elegidos resultan al pensamiento, el más ambicioso de esperanza, tan vacías como el desierto.

San Juan, en un aletazo de su genio llevado del espíritu de Dios, nos descubre una verdad más hermosa que las metafísicas de Platón y las poesías de Virgilio. El Cordero puebla el cielo de una sociedad de vivientes. La alegría vencerá al fin.

La alegría vencerá porque los regenerados con la sangre de Cristo no son algunos escogidos escapados por milagro del naufragio de la raza humana. Los elegidos son inmensa multitud. TURBA MAGNA. Y vienen de cualquier tribu, de cualquier lengua, de cualquier pueblo, de cualquier nación, para formar juntos la patria de las patrias, la única cuya victoria no hará esclavos ni tiranos. Y pues el cielo es una sociedad: el goce de cada uno se halla multiplicado por el de todos, como la gota de agua del océano es llevada en el ímpetu de la marea hacia el astro dominador. En una época en que las masas armadas por enemistades despiadadas se aniquilan unas a otras, es bueno que la Iglesia no cese de invitar a los cristianos a pensar, con la serenidad y firmeza de la fe, en esas multitudes de bienaventurados libres ya de odio y rencor, en esas inmensidades humanas reconciliadas por la adoración. La Iglesia anuncia con todo su dogmatismo, la venida de un orden pacífico que ninguna codicia impugnará jamás. El Apocalipsis es más verdad que el diario y que nuestras historias. Esta certidumbre no es dada solamente a los creyentes. Con ellos, ignorándolo o a sabiendas, se han hecho discípulos de San Juan artistas privilegiados, imagineros del siglo XII que esculpián

la visión del Apocalipsis en el cimborio de las iglesias, el van Eyck del retablo de Saint-Bavon, en Gante y el Rimbaud de "una estación en el Infierno", en donde el sentido literario, al borde del silencio, acaba en liturgia: "Veo, a veces, en el cielo, playas sin fin, cubiertas de blancas naciones en júbilo. Por la mañana, un gran navio de oro, agita sobre mí sus pabellos multicolores... A la Aurora, armados de ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades... Y me será lícito poseer la verdad en alma y cuerpo."

El gozo vencerá, porque un día, tal vez muy próximo, muy remoto tal vez (pero que puesto que debe llegar ha llegado ya, y el tiempo no madura más que lo inevitable), Dios intervendrá en la historia de los hombres para detener, con una palabra las proliferaciones del pecado, para quebrar de golpe y para siempre el poder del mal. El Ángel que vió San Juan, se levantará por Oriente; las puertas de los Purgatorios se abrirán con la maravilla del cumplimiento de estas cosas. El Infierno será sellado para siempre, y a los cuatro ángeles misteriosos no se les dará nunca más el poder de dañar a la tierra, al mar y a los árboles. Aunque el mismo Dios perdiera todas las batallas temporales que sostienen sus santos contra el mal, la autoridad de la revelación nos asegura que ganará la última, reedificando, más hermoso, el Paraíso perdido por el orgullo y la malicia del principio.

El gozo vencerá. Pues ha vencido ya en las santidades que atraviesan la tierra antes de unirse a las alabanzas eternas. En el Evangelio de las Bienaventuranzas, leído en este día de Todos los Santos, dice Cristo: "Bienaventurados"... "BEATI ESTIS". Se os persigue, por mi causa se os maldice. Parecéis débiles y vencidos a los ojos de los insensatos. Mas en realidad sois vosotros los que sois ya vencedores y superhombres; sois jueces de vuestros jueces, pues poseyendo el amor, poseéis la mayor fuerza y alegría, la bienaventuranza. Parece que por esta palabra de bienaventuranza, teología y mística hayan querido llegar en el lenguaje más allá del lenguaje mismo: la bienaventuranza es la pureza y plenitud de una dicha en que resplandece la dicha misma; todas las formas se quiebran, los límites desaparecen. Por el amor, lo infinito y su gloria son invisiblemente presentes en el alma de un pobre hombre, humillado ante los dominios del mundo y la carne, pero que ya celebra en su corazón la eterna fiesta de Todos los Santos.

\* \* \*

Pláceme evocar aquí uno de los más fructuosos encuentros del verano pasado, el de cierto joven sacerdote que había puesto su reciente ordenación bajo la consigna de las palabras de San Juan que traducía enérgicamente: "Nosotros creemos, en el Amor." Los que aman son unos cándidos, repiten miles de veces de un mundo de pecado donde la victoria parece prometida al que odia más implacablemente a su enemigo. No creamos en estas fórmulas de muerte que no llevan consigo sino frágiles apariencias humanas. Creamos más en la divina experiencia del discípulo amado. El partido del amor no es el partido de la ingenuidad y de la derrota; el partido del amor no es el del riesgo ni el de la buena fortuna; el partido del amor es el partido de la mayor fuerza, de la mayor victoria, de la mayor dicha, porque es el partido de Dios.

A. M. D. G.

(De "La Vie Spirituelle" - noviembre 1942.)

# EL FRACASO DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

## "OTRA TENTATIVA DE PAZ SIN ÉXITO"

El Presidente de la República de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, pronunciaba en Mount-Vernon, el día 4 de Julio de 1918, un discurso cuyo alcance traspasaba los límites del territorio de la nación, ya que se dirigía a los gobernantes de los Estados del mundo entero.

Muy pocos meses antes había dado a conocer públicamente unos principios, más tarde tenidos por fundamentales, sobre la futura reglamentación de la paz, a través de los famosos "catorce puntos", considerados por muchos como la panacea universal de los males que aquejaban a la humanidad en aquellos días. Todas sus posteriores palabras sobre temas de política internacional, tenían la única finalidad de desarrollar dichas ideas, cuya principal base de apoyo giraba alrededor de la constitución de un organismo que cobijando en su seno a todos los Estados del Globo, y mediante una pre-establecida forma de arbitraje, preservase a la humanidad de los dolores y penalidades de un nuevo conflicto guerrero.

En la alocución a que nos referimos concretamente, Wilson glosaba el significado de la por él llamada "Asociación general entre las naciones", especificando que la organización de la paz había de establecerse de tal forma, que no sólo sirviese para impedir por medio del uso de la fuerza cualquier atentado contra el derecho, sino que asegurara el respeto a la paz y a la justicia, mediante la formación de un "verdadero tribunal de la opinión" cuya finalidad sería la de sancionar con su prestigio, "toda modificación internacional sobre la cual los pueblos directamente interesados no lograsen ponerse de acuerdo amistosamente".

Wilson invocaba con estas palabras a la humanidad trágicamente consumida por los espectros de la guerra y del hambre, como si la sola naturaleza humana y el prestigio del derecho positivo, desnudos de toda consideración de un orden superior, fueran suficientes para atajar las causas de tan graves y horribles problemas. Dando por supuesto un fondo de buena fe en sus invocaciones, era inconcebible que un hombre que llevaba sobre sus espaldas la pesada carga que representa el gobierno de un pueblo, hiciese depender la paz del mundo de teorías inconsistentes, cuyos postulados esenciales habían sufrido ya con pésimas consecuencias la prueba del tiempo.

Tampoco esta vez serían otros los resultados.

Algunos, tal vez, afirmarán que los "puntos" formulados por Wilson no fueron recogidos en su verdadero espíritu y en toda su integridad por los vencedores de 1918; no andarían del todo desencaminados los que así opinasen, pero aun cuando hubiesen sido totalmente aplicados, no habría cambiado esencialmente el resultado. Quizá la guerra atroz que hoy padecemos hubiese demorado su estallido, pero a ella habríamos llegado igualmente. Cada enfermedad necesita su remedio adecuado, y los "ca-

torce puntos" de Wilson no pasaban de ser un mísero calmante, para el atormentado mundo.

El "ideal" de Wilson no pasó de ser otra cosa que un verdadero sueño. La finalidad que se proponía era excesiva dados los medios puestos en juego. Por otra parte la oposición de principio que se hizo a sus proyectos, le hizo perder en los últimos días de su existencia toda razonable esperanza. Al llegar a Europa, terminada la guerra, quizá comprendió, a pesar de las desorbitadas pompas con que fué recibido en plena apoteosis de la victoria, la escasa confianza que puede tenerse en las promesas de los hombres. Las ideas que había sembrado eran tergiversadas por sus propios amigos. "No he logrado nada de todo cuanto aspiraba", pudo exclamar ante los representantes del pueblo irlandés. Con el convencimiento de esta impotencia regresó a su patria. Sin embargo, repetimos, aun cuando se hubiesen llevado a la práctica sus aspiraciones, tampoco hubiesen solucionado los gravísimos problemas de la hora.

Una vez más la humanidad había errado el camino de la verdadera paz.

## CONSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

El programa de Wilson dió origen en Europa, a planes y proyectos, no siempre coincidentes, sobre la estructura que había de tener la ansiada asamblea de todas las naciones.

La guerra continuaba aún ferozmente en el campo de batalla, pero las potencias más poderosas trabajaban con indomable ahínco en sentar programas que sirviesen prácticamente para la mejor defensa de sus particulares intereses. El egoísmo relucía una vez más a pesar de hablarse con tanta insistencia de la "igualdad entre los pueblos" y de la defensa de la civilización y de la paz.

Interesante en extremo sería, sin duda alguna, estudiar la influencia que las sectas secretas tuvieron en el nacimiento y desarrollo ulterior de la primitiva idea de la Sociedad de Naciones, así como de su constante intronización en la redacción definitiva del Pacto que la constituyó. Sin embargo, la misma amplitud que requeriría una adecuada exposición de asunto de tanta trascendencia, nos impone demorar para mejor ocasión tan importantísimo aspecto. Conste, hoy, solamente, la realidad de dicha influencia en la génesis de la Sociedad de Ginebra.

El 20 de marzo de 1913, apareció la propuesta británica, más conocida con el nombre de "Plan Phillimore". El 8 de junio el gobierno francés hizo conocer oficialmente su proyecto. Ambos serían dignos de una adecuada comparación, pero indudablemente los planes que revisitaron singular interés fueron los formulados en cuatro ocasiones distintas por el propio Wilson, el último de los

cuales lleva la fecha de 2 de febrero de 1919. También tuvieron importancia, los proyectos de Smuts, Robert Cecil y el de la delegación italiana.

La propuesta de la Gran Bretaña, formada definitivamente con los programas articulados por Phillimore y Robert Cecil, fué, no obstante, la que sirvió de base para la redacción del futuro Pacto.

A los tres meses de haber quedado constituida la Comisión encargada de presentar el proyecto definitivo, fué éste aprobado por la Conferencia de la Paz en la sesión plenaria del día 28 de junio de 1919.

La Sociedad de Naciones estaba ya constituida. La euforia de aquellos instantes, fué sin embargo empañada por una grave contrariedad. Italia había ordenado a sus delegados que se abstuvieran de asistir a la reunión, a causa de los incidentes de Dalmacia y Fiume.

El desenvolvimiento de la Sociedad de Naciones no pudo ser más azaroso. Ya en los primeros momentos de su existencia, los Estados Unidos, a pesar de haber firmado sus representantes el Pacto fundacional, se negaron a formar parte de la Sociedad, rechazando el Congreso con sus votos la ratificación de dicho Pacto. Tal decisión dió origen al extraño contraste de que un país del cual había partido, por lo menos oficialmente, la idea del nuevo organismo internacional, se mantuviera alejado de su desarrollo, restándole así gran parte de su posible autoridad.

Las dificultades empezaban con un hecho totalmente imprevisto. Otras muchas no tardarían en aparecer.

#### "HORRORES, MISERIAS Y ODIOS"

El 18 de agosto de 1920, con la firma del Tratado de paz con Turquía, terminaba la larga serie de convenios celebrados entre las potencias aliadas y los países vencidos. Y se dió el caso curioso, e indudablemente de honda significación, de que el último de los Tratados concertados hubo de ser el primero cuya revisión se solicitase, como efectivamente se llevó a cabo.

De sobras es conocida la lucha sorda, pero no menos efectiva, que desde hace mucho tiempo vienen manteniendo ingleses y franceses en los territorios del Próximo Oriente. Allí se cruzan en constante fricción, los intereses de las dos potencias, cuya decisiva unión en el terreno de la política internacional, no ha logrado en aquellos lugares la determinación exacta de las respectivas zonas de influencia.

Lo sucedido con Grecia, fué el exponente más claro de aquella disparidad. Con la ayuda de la Gran Bretaña, los helenos ocuparon una gran parte de la Anatolia occidental; poco después, reorganizado el ejército turco gracias al material de guerra suministrado por Francia, lograron los otomanos vencer a los griegos en las batallas desarrolladas en 1923, con lo cual recuperaron de nuevo la totalidad del territorio peninsular.

El Tratado de Sèvres fué totalmente revisado, sustituyéndole el de Lausanne, dándose así plena satisfacción a los deseos de Turquía. La Sociedad de Naciones, que había sido dejada completamente al margen durante la contienda, no intervino tampoco en la redacción de las cláusulas del nuevo Tratado, tal vez para que no quedaran puestas de manifiesto las diferencias entre Inglaterra y Francia.

En aquellos días, había publicado Su Santidad el Papa Pío XI su encíclica "Ubi arcano Dei consilio", en la cual, refiriéndose al estado que presentaba el mundo en aquellos momentos, escribía: "*aunque hace tiempo en Europa se han depuesto las armas, sin embargo sabéis como en el vecino Oriente se levantan peligros de nuevas guerras, y allí mismo, en una región inmensa... todo está lleno de horrores y miserias, y todos los días una ingente muchedum-*

*bre de infelices, sobre todo de viejos, de mujeres y niños, mueren de hambre, de peste y de miseria; y dondequiera que hubo guerra no están todavía apagadas las viejas rivalidades... De ahí que los odios y las mutuas ofensas entre los diversos Estados no den tregua a los pueblos, ni perduren solamente las enemistades entre vencidos y vencedores, sino entre las mismas naciones vencedoras, ya que las menores se quejan de ser oprimidas y explotadas por las mayores, y las mayores se lamentan de ser el blanco de los odios y de las insidias de las menores*". El cuadro no podía ser presentado más completo ni con una visión más exacta. El viejo continente, principalmente, después de la tremenda prueba de la guerra, y de las esperanzas, rayanas a veces en el delirio, de la organización de un mundo alegre y feliz, presentaba a los cuatro años de terminada la lucha, el panorama cuya descripción acabamos de transcribir.

Y refiriéndose concretamente a los pactos celebrados para arreglar las diferencias entre las naciones en un ambiente de paz—el de la Sociedad de Naciones era entonces la fórmula más reciente—constataba el Papa: "*Cuantas tentativas se han hecho hasta ahora a este respecto han tenido ninguno o muy poco éxito, sobre todo en los asuntos con más ardor debatidos*".

Dichas palabras eran escritas por S. S. Pío XI el 23 de diciembre de 1922, cuando aun estaba en plena euforia la confianza en el organismo ginebrino. ¡Con qué admirable oportunidad recordaba el Pontífice las exclamaciones del profeta Jeremías: "*Esperamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados*"!

#### INEFICACIA DE LOS ACUERDOS DE GINEBRA

Cierto que algunos éxitos pudo apuntarse la Sociedad de Naciones, pero resultaron tan insignificantes y aun sobre problemas que solo interesaban a pequeños países, que, ciertamente, no había necesidad de montar todo el aparato de Ginebra para lograrlos. Eupen y Malmedy, las islas Aland y Tacna y Arica, fueron las cuestiones favorablemente resueltas al principio por la Sociedad. Pero cuando los asuntos encerraron ulteriores dificultades, fué muy escaso el valor de sus decisiones. Recordemos el asunto de Wilna. Reclamada la posesión de esta ciudad por los polacos, la Sociedad de Naciones envió allí a una comisión para que informase sobre la solución a adoptar. Polonia no se conformó con el trámite y exigió perentoriamente de Lituania la entrega de Wilna; simultáneamente el general polaco Zeligowski al frente de sus tropas penetraba en la ciudad y la declaraba anexionada a su nación, y aun cuando Polonia desautorizó oficialmente el hecho, Wilna quedó integrada en su territorio, rompiéndose desde aquel instante las relaciones entre polacos y lituanos. La Sociedad de Naciones contempló impasible lo ocurrido, y no se decidió nunca a intervenir. Era su primer grave fracaso.

En 1923 ocurrió el grave incidente de Corfú, originado por el asesinato en territorio helénico de varios oficiales italianos. Musolini ordenó como represalia la ocupación de aquella isla; la Sociedad de Naciones medió en el asunto, logrando restablecer la situación. Pero realmente lo que obligó a Italia a retirarse de Corfú fué la presencia de la escuadra inglesa dispuesta a proteger con todos los medios, los intereses de su país.

Apuntemos que en el mismo año Etiopía ingresaba en la Sociedad gracias al apoyo que le prestaron Italia y Francia.

También hay que señalar, para poner de relieve la ineficacia de los acuerdos ginebrinos, la serie de tratados que se fueron celebrando entre varios estados; de ellos revistieron mayor interés, los acuerdos de Locarno (octu-

bre de 1925) y el Pacto Briand-Kellogg (agosto de 1928).

El año 1933 contempló la retirada del Japón y de Alemania del seno de la Liga. El primero a causa de la intervención de la Sociedad de Naciones en el conflicto con China; Alemania por el desarrollo de la Conferencia del Desarme.

Imposible es en un artículo de esta naturaleza seguir paso a paso la actuación de la Sociedad de Naciones; sólo tratamos de fijar los momentos culminantes de su intervención. Uno de ellos, el que alcanzó los mayores vuelos, fué el que tuvo su origen en el conflicto italo-etíope. En 1934 Italia presentó un informe sobre la situación de Abisinia, solicitando se considerara a este país como zona sujeta a su influencia. Después de largos meses de reuniones, discursos y nombramientos de comisiones—entre ellas la famosa de los “cinco”—según el complejo sistema de tratar todos los asuntos, Italia se decidió a obrar por su propia cuenta; en la noche del 2 al 3 de octubre de 1935, su ejército penetraba en territorio abisinio. La Liga de Ginebra no había podido evitar el conflicto.

Desde entonces puede decirse que la Sociedad de Naciones quedó prácticamente ignorada en todos los problemas que se plantearon; así ocurrió en las cuestiones de los sudetes y de Danzig.

En resumen, la Sociedad de Naciones si algo verdaderamente trascendental realizó fué poner los cimientos de la guerra actual, ya que prácticamente nada hizo para conseguir la concordia y unión de todos los pueblos, antes bien, transformándose en un conglomerado de ciertos intereses, hizo posible el nacimiento de un agobiante malestar y de una creciente pugna de rivalidades.

#### CAUSA FUNDAMENTAL DEL DESASTRE DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

La Sociedad de Naciones ha fracasado, por tanto, rotundamente. Y este fracaso latía ya desde los primeros instantes de su existencia. Lo que había de ser un remanso de concordia abierto a todas las naciones, grandes y pequeñas, sobre un mismo nivel de hermandad universal, se convirtió en un organismo al servicio de las potencias poderosas; lo que en los proyectos primitivos podía haber de buena fe al tratar del comienzo de una era de paz para el mundo, bajo el signo de la equidad y de la justicia, no llegó nunca a cristalizar, ya que la distinción entre estados vencidos y vencedores subsistió siempre, y cuando algún personaje intentó cultivar la ansiada comunidad entre los pueblos, fracasó estrepitosamente.

¿Cuáles fueron los defectos de origen que impidieron a la Sociedad de Naciones obtener un éxito razonable?

Podemos reducirlos a uno solo: el desconocimiento de aquellos principios supremos fuera de los cuales nada puede tener estabilidad y eficacia.

Todos los organismos que se han creado o puedan crearse con el fin de lograr una organización duradera de la paz, dictando normas inquebrantables a las cuales han de sujetarse las naciones, y resolviendo los conflictos nacidos de la pugna entre intereses divergentes o contrapuestos, podrán representar por sí mismos un cierto avance en el camino de la concordia universal, pero si prescinden del Supremo Hacedor, de cuyo infinito Poder y soberana Justicia derivan todas las potestades y todos los derechos terrenos, y dejan al margen a la Iglesia gobernada bajo la inspiración del Espíritu Santo por el Vicario de Jesucristo, única depositaria de todos los dones celestiales, caerán indefectiblemente, víctimas de los propios egoísmos que roerán sus entrañas hasta su completa ruina.

¡Cuán fácilmente olvida el hombre los designios de la

Providencia! ¡Con qué miserable orgullo trata de enmendar la trayectoria señalada por Dios!

Sin intentarlo viene a nuestra memoria aquella frase de José de Maistre, cuando después de recordar que las únicas instituciones duraderas son obra laboriosa del trabajo a penas consciente de las generaciones humanas conducidas misteriosamente por Dios, afirmaba: “No solamente la creación no pertenece en absoluto al hombre, sino que ni aún la reforma misma de lo existente depende de su albedrío más que de una manera secundaria, y con una multitud de terribles restricciones”. El hombre ha intentado realizar a su modo lo que le ha parecido conveniente sin atender a las enseñanzas del Padre común, y el mundo ha tenido que sobrellevar las funestísimas consecuencias de tanta insensatez y orgullo. La tragedia que ensombrece con tantas aflicciones los días presentes, nos hablan claramente del porvenir a que están condenadas las utópicas esperanzas de un mañana apartado de Dios y de su Santa Ley. La Sociedad de Naciones puede servir de saludable ejemplo.

#### UN FILO-COMUNISTA Y UN JESUITA PREDICEN EL FRACASO DE LA S. D. N.

Dos escritores, muy conocido uno de ellos en los medios del Frente Popular francés, y disfrutando el otro de un bien logrado prestigio en los círculos católicos de Francia, han estudiado la Sociedad de Naciones en dos épocas diferentes. El primero, Víctor Margueritte, escribía una obra cuando se presentaba evidente la ineffectividad absoluta de la Asamblea ginebrina; el segundo, el P. Yves de la Brière, S. J. fijaba en los años 1917 y 1918, los postulados esenciales sobre cuya base la idea de una comunidad de naciones podía tener plena realidad y éxito. Los dos escritores coinciden en un punto: la Sociedad de Naciones tal como se estructuró, o se presuponía que iba a estructurarse, era un organismo fracasado. Ni hay que decir que las soluciones que ambos proponen son totalmente opuestas; creemos de interés resumirlas, en este breve examen.

#### MARGUERITTE: “LA SALVACIÓN VENDRÁ DE ORIENTE”

El novelista Margueritte traza el ambiente del cual nació la Sociedad de Naciones de la siguiente forma: “Europa agotada, saliendo de la guerra de la Civilización y del Derecho como de un baño de sangre y de pus, todo el Universo trepidante aún de la conmoción, la más brutal de la Historia. En la Conferencia de la Paz, un alud de apetitos y de rencores, la lucha sin merced de los intereses contradictorios. Como conductores del juego dos hombres de Estado ásperos y esquinados, el inglés y el francés, entendiéndose contra el estadounidense idealista. De este pot-pourri es de donde salió la S. D. N.” Y continúa más adelante: “Sin embargo era tal en el alma de los pueblos el impulso hacia la paz internacional, que a pesar de lo híbrida que resultaba con su directorio de grandes potencias y su conglomerado de pequeñas, iguales de derecho pero no de hecho, la Sociedad naciente pareció a la esperanza de todos como una persona bien viva y animada de espíritu nuevo”, cuando en verdad “no era más que un conjunto de egoísmos nacionales”.

Refiriéndose al eterno problema de las relaciones entre Alemania y Francia, escribe: “La privación de sus derechos a Alemania desde 1919 es la principal queja que los historiadores del porvenir inscribirán en el pasivo de la S. D. N. lo que condiciona el equilibrio de Europa y, por consiguiente, del mundo entero, con las relaciones franco-alemanas. La S. D. N. no ha ejercido, en realidad.

para la aproximación necesaria, ninguna acción apaciguadora. Hubiera podido hacer colaborar a los dos grandes países en una restauración económica de Europa, pero creyendo comprometerse en el terreno político en el que campaban los vencedores, dejó a éstos completamente libres las manos”.

Pero Margueritte, ante el fracaso de la Sociedad de Naciones sueña con un mundo nuevo, pero no mejor. “Sin duda—afirma—un dogma naciente provendrá, del lado del alba, para ser la Biblia nueva de la Humanidad”. Y prosigue:

“Algún día se realizará esta humanidad libre en la que con las patrias, las razas se integrarán; bastante inteligente para elegir y para aceptar, en la fusión de las clases, la regla de las disciplinas necesarias y bastante fuerte para repudiar, en fin, en la comunión del trabajo, todas las formas de la esclavitud.

No dudemos de que una tal Biblia será escrita algún día, pero con toda nuestra alma deseamos que no lo sea, una vez más, con la sangre de los pueblos. La idea, de la que gracias al sueño de los precursores, salió la S. D. N. de 1919, es una de esas Ideas Fuerza que no mueren. Es la Idea Madre a la que un aborto no basta para agotar la fecundidad”.

Sin embargo si este mundo nuevo hubiese de llegar a costa de muerte y destrucción esto no significa para Margueritte ningún obstáculo apreciable; tal vez en el fondo puede representar para él una necesidad:

“Las etapas son largas en el camino indefinido de la vida. Están cubiertas con bellas ilusiones destruidas y de grandes experiencias fracasadas. Aun si en los campos de Europa, convertidos en campos de batalla, debiera crecer un día la hierba espesa de los cementerios, sobre las ruinas del siglo XX deshonrado, sobre el segundo desmoronamiento de Babel, un ser superior sucedería al hombre, la más peligrosa y la más cruel de las bestias del universo. Una especie mejor, nacida de todos los sufrimientos y de todas las esperanzas de aquéllos que la habrán preparado, se pondría a la obra, ahondando en un suelo saneado los cimientos de la Sociedad futura”.

YVES DE LA BRIÈRE: “EL PAPA ÚNICO GARANTIZADOR  
POSIBLE DE LA PAZ”

Veamos ahora con cuán diferentes palabras hablaba Yves de la Brière. Este escritor analizaba la posibilidad de que pudiera existir una verdadera Sociedad de Naciones. Recordemos que escribía en los primeros meses de 1918, cuando se había comenzado tan sólo a trazar el esquema general del futuro organismo. Pero dicho esquema era suficiente para no desconocer las ideas sobre las cuales habría de girar la nueva ordenación del mundo. Y decía la Brière: “Para procurar al orden jurídico internacional una garantía de durable estabilidad, hay que darle una alta y soberana consagración de orden moral en la conciencia de los pueblos”. Y exclamaba: “¿Pero qué potencia moral, hoy en día existente, será capaz de consagrar en algún grado, ante el mismo mundo contemporáneo, las leyes y las sanciones del arbitraje internacional, las garantías jurídicas de la paz entre los pueblos? ¿Qué potencia moral, sino aquella de la cual José de Maistre ha

sabido poner magistralmente de relieve la magistratura pacificadora durante los siglos de un glorioso pasado: el Pontificado romano?”

Y aquí entramos de lleno en el contenido aleccionador de la encíclica “Ubi arcano Dei consilio”. Su Santidad Pío XI, trataba con una rezumante claridad del problema de la paz, y al llegar a referirse a los organismos capaces de señalar a cada momento las normas de justicia y de equidad, afirmaba: “Hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y venerada por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; y ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos, que ni con las tempestades de la guerra quedó maltrecha, antes con admiración de todos salió de ella más acrecentada.” Palabras, cada una de ellas digna de un detenido y meticoloso análisis que no nos toca ahora realizar.

La Brière comprendía estas verdades cuando completando su anterior afirmación, añadía:

“Más que nadie, el Papa es la persona designada para ser el mensajero, el árbitro y el legislador del derecho de la paz entre las naciones. Él tiene, por misión religiosa, ser el pastor universal de las almas, el guarda, el depositario de la doctrina evangélica de paz, de justicia, y de caridad. Las escuelas teológicas de las cuales es el doctor supremo, dan después de largos siglos, una enseñanza luminosa, coherente, sobre el derecho de paz y de guerra. Las instituciones del catolicismo le permiten influir profundamente sobre la formación moral e intelectual, social y espiritual, de más de doscientos millones de conciencias humanas. A través de los siglos, el nombre del Papado Romano continúa asociado, en el orden de la reglamentación arbitral de los conflictos internacionales, al más magnífico esfuerzo y al más eficaz que ha registrado la historia.”

Bellísimas frases que habrían de considerar los mandatarios de los pueblos en las tareas penosísimas de una más justa y pacífica organización del mundo.

\* \* \*

El fracaso de la Sociedad de Naciones, puede enseñar a los hombres una provechosa lección. La paz no ha de fiarse al albur de temerarias especulaciones; es necesario que la humanidad se dé cuenta de cuáles son los únicos medios que pueden garantizarla, dentro de una estricta justicia, como también de que sólo la Iglesia es capaz de llevar a cabo esta misión, porque como decía Pío XI en su mencionada encíclica, la Iglesia “es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir conjurando los peligros de nuevas guerras que... nos amenazan. Porque únicamente la Iglesia es la que por orden y mandato divino enseña que los hombres deben conformarse con la ley eterna de Dios en todo cuanto hagan, lo mismo en la vida pública que en la vida privada, lo mismo como individuos que unidos en sociedad”.

José-Oriol Cuffi Canadell.

# La encíclica "Ubi arcano Dei"

## Carta Magna de la Paz

"La Paz de Cristo en el Reino de Cristo"

Situado entre dos conflagraciones universales, abarcando la mayor parte del período comprendido entre la pasada y la actual "gran guerra", el Pontificado de Pío XI (1922-1939), se presenta a los ojos del mundo como un supremo ofrecimiento de paz.

"Esperamos la paz y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados. Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas...; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros."

Con estas palabras de Jeremías e Isaías, presenta Pío XI, en la primera Encíclica de su Pontificado, el cuadro desolador de su época. Pero al mismo tiempo, en la propia Encíclica "Ubi arcano", que con razón puede llamarse la *carta magna de la paz*, enseña el Pontífice que la paz que el mundo busca en vano, sólo la Iglesia puede procurarla; que no hay más paz verdadera que la paz de Cristo; y que la Iglesia tiene misión y virtualidad para dar esta paz.

No es posible comprender la profunda realidad que esta doctrina encierra, sin tener en cuenta tres hechos capitales y trascendentalísimos, tres hechos misteriosos, es cierto, pero sin los cuales la historia de la humanidad, y aún el hombre mismo, resultan un absurdo incomprensible. Son: la elevación del hombre al orden sobrenatural, su caída original, y la Redención.

### *Elevación al orden sobrenatural*

Por su naturaleza, el hombre está ordenado al conocimiento, amor y posesión de Dios, en cuanto se manifiesta y da por sus criaturas. Pero, naturalmente, ni el hombre ni criatura alguna puede estar ordenada a ver a Dios cara a cara, es decir, a tener la visión intuitiva de la esencia divina.

Para que la criatura racional pueda aspirar a este fin, es preciso su elevación al orden sobrenatural; privilegio que Dios concedió a la naturaleza humana, en Adán.

Dios elevó al hombre, desde un principio, al orden sobrenatural; orden al que ninguna criatura podía aspirar, ni concebir siquiera la posibilidad, porque está sobre toda naturaleza creada, en cuanto sobrepasa todas las fuerzas (eficientes y cognoscitivas) y todas las exigencias (o fuerzas apetitivas) de toda criatura.

Esta elevación la hizo Dios por medio de la gracia, que es una cualidad o forma accidental del alma, por la cual Dios le da lo que en Él está substancialmente; es decir, que, por esta unión accidental, Dios le comunica *realmente* su Espíritu y, por consiguiente, su Amor y su vida divina.

Por naturaleza, Dios no puede producir sino un sólo hijo, cuya infinita perfección agota su infinita fecundidad:

El Verbo de Dios, a quien pertenece dicha naturaleza por esencia e identidad.

El hombre, por la creación, es sólo siervo de Dios, pues le sacó de la nada, dándole la naturaleza humana. Mas por la gracia, Dios hace al hombre hijo adoptivo suyo, no al modo de la adopción humana (simple ficción jurídica), sino de una manera *real*, porque mediante la unión accidental de la gracia, le comunica *realmente* la vida y naturaleza divina. Y en esto consiste la filiación: en recibir la propia vida y naturaleza del padre.

Y, además de este don sobrenatural, Dios concedió a Adán otros dos dones, no connaturales, pero de orden natural: La inmortalidad y la integridad, es decir, la sujeción de las pasiones a la razón, que le hacía libre de tentaciones interiores.

Todos estos dones se hubieran transmitido a la descendencia de Adán, si él no hubiera pecado.

### *Pecado original*

El plan "primitivo" de Dios era, evidentemente, que Adán no pecara. En este caso, si el Verbo se hubiese encarnado (según una opinión teológica) como suprema y extraordinaria manifestación de la divina gloria, hubiera sido como Rey, no como Salvador.

Pero, aunque Dios no quería el pecado, quiso permitirlo para respetar la libertad de Adán. Y al pecar éste, desvió, por así decirlo, el plan "primitivo" de Dios, mas no su plan "definitivo". Dios se deja "fracasar" en su camino, pero no en su término.

Peca Adán, y con su caída pierde todos aquellos dones, para sí y para su descendencia, a la que había de transmitirlos. Pero, al perder la gracia, no perdió el hombre su destino, con sus aspiraciones, tendencias y necesidades, que sólo pueden quedar satisfechas con la Verdad que lo explica todo, y con el Amor que lo llena todo. "Nos has hecho para Ti—dice San Agustín—, y está inquieto nuestro corazón hasta que descansemos en Ti, ¡oh Dios!".

Con el primer pecado quedó, pues, derribado el único puente que conducía al hombre a su fin sobrenatural. Y este puente, como sobrenatural que era, no tenía el hombre ningún medio de reponerlo. A lo cual aun habría que añadir el desconcierto y el choque psicológico que hubieron de sufrir nuestros primeros padres, al perder el estado sobrenatural, por el pecado; y que les produciría una debilitación, aún en el orden natural, que sin tal caída la naturaleza no tendría. Por eso dice San Pablo que por el pecado original quedó toda la naturaleza resentida.

Esta tragedia es otro gran misterio, y de su magnitud da idea el que todos los males de la humanidad son consecuencia suya, a pesar de estar reparada.

### *La Redención*

En justicia, Dios no debía sacar al hombre de este estado en que voluntariamente se había colocado. Pero lo que no debía su justicia, quiso otorgarlo su misericordia; y "por las entrañas de misericordia de nuestro Dios" (1), creció en seguida la promesa, aunque velada, de la venida de un Salvador:

"Pondré—dice a la serpiente—enemistad entre tu y la mujer (2), y entre su simiente y la simiente suya (3). Ella (4) aplastará tu cabeza." (Gen. III, 15).

La providencia histórica, después de la caída original, es, pues, de lucha: Lucha de la Virgen y su Hijo contra el espíritu de Satanás, lucha de las dos ciudades que describe San Agustín, que son las descendencias de Satanás y la Virgen.

Desde el mismo instante de su promesa, la fe en el Salvador ofrecido tuvo ya fuerza de justificación.

Mas Dios, al devolver al hombre la gracia, no le devuelve aquellos dos dones no connaturales: la inmortalidad y la integridad. Y sin este último don, aunque el hombre en absoluto puede vencer la concupiscencia, en el orden natural resulta prácticamente imposible. Por esto exclama San Pablo: "hago lo que no quiero, y no hago lo que quiero", lo cual contrasta con el optimismo de la moderna escuela americana, que lo fía todo en la fuerza de la voluntad. No es así como responde San Pablo: "¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo."

A eso vino Jesucristo, como Salvador: a restablecer el puente de la gracia, único medio para librar al hombre de la cautividad del pecado, con la doble impotencia a que este le redujo: *absoluta*, de alcanzar sin ella el fin sobrenatural; y *psicológica*, de dominar con las solas fuerzas humanas la propia concupiscencia.

Por esto afirma Pío XI, en su citada Encíclica:

"Esta es la paz que Jesucristo conquistó para los hombres; más aún, según la expresión enérgica de San Pablo: *Él mismo es nuestra paz*; porque satisfaciendo a la divina justicia con el sacrificio de su carne en la cruz dió muerte a las enemistades en Sí mismo..., haciendo la paz, y reconcilió en Sí a todos y todas las cosas con Dios; y en la misma Redención no ve y considera San Pablo tanto la obra divina de justicia, como en realidad lo es, cuanto la obra de la reconciliación y de la caridad; *Dios era el que reconciliaba consigo al mundo en Jesucristo*; pues *de tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo unigénito...*"

### *La paz de Cristo y la Iglesia*

Esta misión de paz Jesucristo la transmitió a la Iglesia: "Porque el unigénito Hijo de Dios constituyó sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelsa misión que Él en persona había recibido de su Padre, y encargándole que la continuase en todos tiempos. *Como el Padre me envió, así también yo os envío. Mirad que estoy con vosotros todos los días hasta que se acabe el mundo.*" (5).

Cristo Jesús pudo haber repartido, directamente, por Sí mismo, su gracia al género humano, pero quiso hacerlo por medio de una Iglesia visible, pues "así como el Verbo de Dios, para redimir a los hombres, quiso valerse de nuestra naturaleza, de modo parecido en el decurso de

los siglos se vale de su Iglesia para perpetuar la obra comenzada." (6).

Y para el cumplimiento de esta obra, Dios confirió a la Iglesia el magisterio infalible de la verdad y le dió el Espíritu Santo, con poder para comunicarlo a los hombres. De ahí su fuerza y virtualidad para dar la paz al mundo, como enseña Pío XI en la Encíclica que comentamos:

"Por lo cual, siendo propio de sola la Iglesia, por hallarse en posesión de la VERDAD y de la VIRTUD de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres, Ella es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir, conjurando los peligros de nuevas guerras, que dijimos nos amenazan."

### *La verdad moral, primera base de la paz*

"La verdadera paz—dice la propia Encíclica—no puede apartarse de las normas de justicia, ya porque es Dios mismo el que juzga la justicia, ya porque *la paz es obra de la justicia...*" Por tanto, para que ésta exista, es preciso que las leyes humanas—civiles e internacionales—no se aparten de aquellas normas, es decir, del derecho natural y del derecho de gentes.

Mas una de las heridas que, como enseña Santo Tomás, dejó el pecado original en el alma es la ignorancia; ignorancia que no es sólo la connatural a un entendimiento limitado, sino una especie de tinieblas; ignorancia sin la cual no se explican los errores vergonzosos de la idolatría, ni muchas de las aberraciones monstruosas en que incurrieron, incluso, los mayores talentos de la antigüedad.

Por eso el mismo Dios "vino en auxilio de la razón humana por medio de la revelación, a fin de que el hombre, aun en la actual condición en que se encuentra, pueda conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de error alguno, las mismas verdades naturales que tienen por objeto la religión y las costumbres..." (7). Y para esto vino también Jesucristo, como Él mismo, en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de aquel tiempo, lo afirmó solemnemente: "Yo para esto naí, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz." (S. Juan, XVIII, 37).

Y esta verdad Jesucristo la confió sólo a la Iglesia. Lo cual no quiere decir—como expone acertadamente Manzoni, citado por el propio Pío XI en la Encíclica "Divini illius Magistri"—que "el hombre, fuera de su seno y sin su enseñanza, no pueda conocer verdad alguna moral; antes bien (la Iglesia) ha reprobado tal opinión más de una vez, porque ha aparecido en más de una forma. Dice, por cierto, como ha dicho y dirá siempre, que por la institución recibida de Jesucristo y por el Espíritu Santo que el Padre le envió en su nombre, Ella sola posee originaria e inamisiblemente la verdad moral toda entera (omnem veritatem), en la cual todas las verdades particulares de la moral están comprendidas, tanto las que el hombre puede alcanzar con el simple medio de la razón, como las que forman parte de la revelación, o se pueden deducir de ésta."

La Iglesia es, pues, no sólo depositaria de la verdad revelada, sino también intérprete infalible del derecho natural. Por eso tiene misión y aptitud para pacificar el mundo.

Veamos como lo explana Pío XI en su Encíclica:

"Y si se considera que todo cuanto Cristo enseñó y estableció acerca de la dignidad de la persona humana, de la inocencia de vida, de la obligación de obedecer, de la ordenación divina de la sociedad, del sacramento del ma-

(1) San Lucas, 1-78.

(2) Mujer concreta, la Virgen.

(3) La simiente suya, su Hijo.

(4) «Ipsa» en la Vulgata. En el original hebreo «Él».

(5) León XIII, «Immortale Dei».

(6) Pío XI, «Mystici Corporis».

(7) Pío XI, «Casti Connubii».

trimonio y de la santidad de la familia cristiana; si se considera, decimos, que éstas y otras doctrinas que trajo del cielo a la tierra y las entregó a sola su Iglesia, con promesa solemne de su auxilio y perpetua asistencia, y que le dió el encargo, como maestro infalible que era, que no dejase nunca de anunciarlas a las gentes todas hasta el fin de los tiempos, fácilmente se entiende cuan grande parte puede y debe tener la Iglesia para poner el remedio conducente a la pacificación del mundo”.

### *La paz, fruto del espíritu de caridad*

Pero no basta la verdad para pacificar al mundo. Mucho sería que las leyes humanas se ajustasen al derecho natural y a la ley eterna. Mas, para que haya paz, no basta una buena legislación civil e internacional, sino que es preciso, además, que ésta se cumpla. ¿Y, cómo urgir su cumplimiento?

Las leyes humanas poseen un único medio: la sanción o fuerza externa. Pero ésto podría dar, a lo sumo, una paz exterior, material, siempre precaria, pero no “una paz que llegue al espíritu y le tranquilice, e incline y disponga a los hombres a una mutua benevolencia fraternal”.

Solo Dios, que “ve los corazones y en los corazones tiene su reino”, puede dar la verdadera paz interior. ¿Cómo? Ésta es la misión de la caridad, la Ley Nueva, el Espíritu de Cristo, que obra interiormente en las almas.

“La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual, que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común solo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial, más aún, un solo Cuerpo en

Cristo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros...” (8).

Por eso la Iglesia, cuyo fin es incorporar a todos los hombres, miembros de las sociedades naturales, en la sociedad sobrenatural del Cuerpo místico de Cristo, es la única que puede dar la paz al mundo. Más aún, habiendo recibido Ella el Espíritu Santo, para comunicarlo a los hombres, tiene misión y poder para dar la paz interna, es decir la verdadera paz de los espíritus, de la cual la paz exterior no es sino una simple consecuencia.

La paz, en definitiva, no puede ser sino obra del Espíritu de Amor, y quien da este Espíritu, que es la causa, da también el efecto.

\* \* \*

Ante tan poderosas razones, y aun otras que añade el Pontífice, en verdad puede éste afirmar:

“Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y venerada por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; y Ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos, que ni con las tempestades de la guerra quedó maltrecha, antes con la admiración de todos salió de ella más acrecentada”.

Y la guerra, aquella guerra que Pío XI veía acercarse, tardó en estallar solo pocos meses después de la muerte del Pontífice; mientras su sucesor, el actual Papa Pío XII, sigue proclamando la misma doctrina:

“El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor son la única vía de salvación” (9).

*Pedro Basil.*

(8) Pío XI, «Quadragesimo anno».  
(9) Pío XII, «Summi Pontificatus».

## PIO XI VISTO POR SUS BIOGRAFOS

... Ya se ha visto pues. Pío XI es un humanista, en el mejor sentido de esta palabra. Su asiduidad en los textos, en los estudios históricos, su práctica en las letras, en las ciencias, en las artes, que llenaron su vida, han hecho de él uno de los espíritus más completos y distinguidos de nuestro tiempo. Ninguna disciplina le es extraña. Empero, el fondo de su formación es dantesca y manzoniana. La «Divina Comedia» y los «Novios» acuden a menudo a sus labios y a su mente: parece que los repite de memoria. ¡Cuántas veces no repite el famoso verso, «Luce intellettuale piena d'amore...» como si se definiera a sí mismo...! Sabios y literatos que se han acercado a él, durante las audiencias, han quedado bajo esta impresión, cuando a alguno de ellos recita, a media voz, algunas estrofas de «La Pentecosta», uno de los más bellos poemas de Manzoni, a otro le preguntará sobre la Academia Francesa o la Biblioteca Nacional: «¿Qué se ha hecho de fulano? ¡Tenéis tan excelentes paleógrafos!» o bien «¿Qué hay de tal Catálogo?»...



(De PIE XI, de Mgr. R. Fontenelle).

# La Paz de Cristo en el Reinado del Sagrado Corazón

En su obra "La Soberanía Social de Jesucristo" escribía E. Ramière a mediados del siglo pasado:

*"En vano será que la sociedad moderna llame a la paz uno y otro día: la paz no vendrá; proclamará la libertad y su esclavitud irá en aumento, mientras no restablezca en su Trono al único verdadero libertador y al único verdadero pacificador".*

S. S. Pío XI, cuya misión se desarrolla en una época en que la Sociedad se debate entre este deseo de paz y el fracaso de los intentos para conseguirla—como se estudia en otros artículos de este número—nos lleva con su autoridad a la misma conclusión, al escribir en su primera Encíclica "Ubi arcano Dei":

*"Síguese, pues, que la paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo..."*

La premisa que establece es bien clara y categórica, como también la consecuencia que de ella deduce:

*"...y una vez así constituida, ordenadamente, la Sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades.*

*"En esto consiste lo que con dos palabras llamamos reino de Cristo".*

He aquí una fórmula clásica en la Iglesia, pero que ahora concreta una idea y una esperanza:

*"no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo".*

Y así lo efectúa Pío XI sintiéndose en esta labor continuador de sus antecesores, pues dice:

*"Cuando el Papa Pío X se esforzaba por restaurar todas las cosas en Cristo, como si obrara inspirado por Dios, estaba preparando la obra de pacificación que fué después el programa de Benedicto XV.*

*"Nos, insistiendo en lo mismo que se propusieron conseguir Nuestros dos Predecesores, procuraremos también, con todas nuestras fuerzas, lograr la paz de Cristo en el reino de Cristo, plenamente confiados en la gracia de Dios, que al hacernos entrega de este supremo poder Nos tiene prometida su perpetua asistencia".*

Esta fórmula irá desarrollándola Pío XI en el curso de su Pontificado. En su primera Encíclica citada, nos la resume ya en tres proposiciones, que vamos a transcribir por extenso, y que representan la aplicación completa de la doctrina del "reino de Cristo" en cuanto dice relación con los individuos, las familias y la sociedad civil, respectivamente. Dicen así:

*"Reina Jesucristo en la mente de los individuos por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en*

*toda la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos.*

*"Reina también en la sociedad doméstica cuando, constituida por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva intocada como una cosa sagrada, en la que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del Niño Jesús, y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la familia de Nazareth.*

*"Reina, finalmente, Jesucristo en la sociedad civil, cuando, tributando en ella a Dios los supremos honores, se hacen derivar de Él el origen y los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar falte norma ni en el obedecer obligación y dignidad; cuando, además, le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fué colocada por su mismo autor, a saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas—pues cada una en su origen es legítima—, sino que les comunique la conveniente perfección, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con más seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal".*

Esta exposición, precisa, a modo de programa, nos invita más a considerarla en sus mismas palabras que a comentarla. Lo único que queremos hacer resaltar en ella es la forma, tan opuesta a las tendencias liberales modernas, con que sienta Pío XI una tesis concreta frente a las dificultades actuales, poniendo ante nuestra mirada un Ideal, es decir una fórmula *realizable* a la que debemos tender y por la cual debemos anhelar, aunque solo consigamos alcanzarla en parte; cosa muy diferente de las utopías, con que suele engañarse a sí propio el género humano, basadas en abstracciones y en imaginarias hipótesis.

Ya hemos indicado que durante su Pontificado S. S. Pío XI fué desarrollando esta fórmula. En efecto, a fines del año Jubilar de 1925, como complemento y colofón de la serie de grandes solemnidades que "de varias maneras concurren a ilustrar el reino de Cristo" introdujo en la sagrada liturgia una fiesta especial de Jesucristo Rey. Con tal ocasión publicó la Encíclica "Quas Primas" en que expone los fundamentos, la naturaleza y modalidad de la realeza de Cristo, así como las ventajas que su reconocimiento ha de aportar a los individuos y a los pueblos. Todo ello con la solidez de argumentos y lógica exposición que suelen caracterizar las Cartas pontificias en general y las de Pío XI de un modo particular.

Otra vez en esta Encíclica queda patente la significación social de esta soberanía que reconocemos en Cristo Rey, y que el Papa expresamente subraya, al afirmar:

*"Ni hay diferencia entre los individuos y el consorcio*

*civil, porque los individuos, unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente. Él es la fuente de la salud privada y pública. Y no hay salvación en algún otro, ni ha sido dado debajo del cielo a los hombres otro nombre en el cual podamos ser salvos”.*

Al mismo tiempo cabe hacer resaltar el que esta soberanía social de Cristo se extiende a todo el género humano. Y, aquí, el argumento que el Papa esgrime está precisamente tomado de S. S. León XIII cuando justificó, al finalizar el siglo pasado, la consagración universal al Sagrado Corazón de Jesús:

*“El dominio de nuestro Redentor abraza todos los hombres como lo confirman estas palabras de nuestro predecesor, de inmortal memoria, León XIII, palabras que hacemos nuestras: “El imperio de Cristo se extiende no solamente sobre los pueblos católicos y aquellos que regenerados en la fuente bautismal, pertenecen en rigor y por derecho a la Iglesia, aunque erradas opiniones los tengan alejados o la disensión los separe de la caridad, sino que abraza también a todos los que están privados de la fe cristiana; de modo que todo el género humano está bajo la potestad de Jesucristo”.*

Y para que se vea la actualidad que apuntábamos, de la fórmula que Pío XI nos propone y como no se trata de combatir fantasmas, leamos como justifica la oportunidad para la nueva vida de esta doctrina:

*“Ahora, si mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos a las necesidades de los tiempos presentes, aportando un remedio eficazísimo a la peste que infesta la humana sociedad”.*

¿Cuál será esta peste que según el Papa infesta la humana sociedad? Él mismo nos lo dice, y no olvidemos que esta afirmación proviene de quien une a la autoridad doctrinal de Vicario de Jesucristo un conocimiento humano, de todos reconocido, de las virtudes y miserias del siglo que estamos viviendo. Pues bien, no hace todavía veinte años que S. S. Pío XI escribía:

*“La peste de nuestra edad es el llamado laicismo, con sus errores y sus impíos incantivos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que desde hace mucho tiempo se incubaba en las vísceras de la sociedad...”*

Expone finalmente el Pontífice los frutos que la Iglesia, los fieles y la sociedad civil reportarán de la fiesta que instituye y dice, tratando de esta última:

*“La celebración de esta fiesta, que se renovará todos los años, será también advertencia para las naciones de que el deber de venerar públicamente a Cristo y de prestarle obediencia se refiere no solo a los individuos particulares, sino también a todos los magistrados y a los gobernantes; traerá a éstos al pensamiento del juicio final en el cual Cristo, arrojado de la sociedad o solamente ignorado y despreciado, vengará acerbamente tantas injurias recibidas; como quiera que reclama su Real dignidad que la sociedad entera se uniforme a los divinos mandamientos y a los principios cristianos, ya al establecer leyes, ya al administrar justicia, ya, finalmente, en la formación del alma de la juventud en la sana doctrina y en la santidad de las costumbres”.*

Vemos pues que el anhelo expuesto por S. S. Pío XI en su primera Carta Encíclica y que resumía en su lema

“La paz de Cristo en el reino de Cristo” le movió más adelante a instituir la fiesta de Cristo Rey. Ella comprende, en magistral fórmula, lo que esperamos en orden a la verdadera paz, que—como no se cansa de inculcarnos dicho Pontífice—sólo el reconocimiento de la soberanía social e individual de Jesucristo puede logranos. Sigamos ahora el camino que él mismo nos desbroza en su otra Encíclica “Miserentissimus Redemptor”, escrita ésta en 1928, y llegaremos a la última conclusión a que nos conduce Pío XI, es decir, al entronque luminoso del reinado social que pertenece a Cristo-Rey con el verdadero significado de la devoción reparadora al Divino Corazón, según el sentido de las revelaciones del mismo a Santa Margarita María en Paray-le-Monial.

Para comprender en todo su sentido la relación que establece Pío XI no olvidemos el concurso capital y decisivo que sólo la Caridad puede aportar para el logro de la verdadera paz. Y transcribamos:

*“Entre todos los testimonios de la infinita benignidad de Nuestro Redentor, resplandece singularmente el de que, cuando la caridad de los fieles se iba entibiando, la misma caridad de Dios se presentó para ser honrada con culto especial, y se abrieron del todo los tesoros de su bondad por aquella forma de devoción con que damos culto al Corazón Sacratísimo de Jesús “en quien están escondidos todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia” (Col. II, 3).*

Y refiriéndose a la consagración universal ordenada por S. S. León XIII, a que antes nos referíamos, recoge aquella magnífica comparación que ya conocen nuestros lectores pero que siempre es grata de releer:

*“Precisamente Nuestro Predecesor León XIII, de feliz memoria, en su Encíclica Annum Sacrum, admirando la oportunidad del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, no vaciló en afirmar: “cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen era oprimida por el yugo de los Césares, la Cruz, vista en la altura, fué a un joven emperador signo y causa a un mismo tiempo de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Ved otro signo, que se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo, a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz superpuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido fulgor. En él han de colocarse todas las esperanzas; en él hay que buscar y esperar la salvación de los hombres”.*

Para corroborar tal esperanza, que por otra parte se desprende de las mismas prerrogativas bien claramente atribuidas por Pío XI a la realeza de Cristo, va él mismo a dejarnos entrever su presentimiento que, en este caso, por la grandeza del objeto a que se refiere, debe merecer de nosotros la máxima atención, al mismo tiempo que nos proporciona una entera confianza en la realización del mismo. Dice así, refiriéndose al perfeccionamiento y complemento que aquella consagración del género humano al Sagrado Corazón halló cuando “al término del año jubilar, instituímos la fiesta de Cristo Rey del universo, para celebrarse en todo el orbe cristiano”:

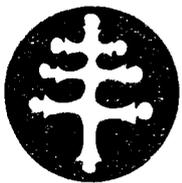
*“Al hacer esto, no sólo hemos declarado el supremo imperio que Jesucristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que también PRESENTIAMOS EL JUBILO DE AQUEL DIA FAUSTISIMO EN QUE EL MUNDO ENTERO, ESPONTANEAMENTE Y DE BUEN GRADO, SE HA DE SOMETER A LA DOMINACION SUAVISIMA DE CRISTO REY”.*

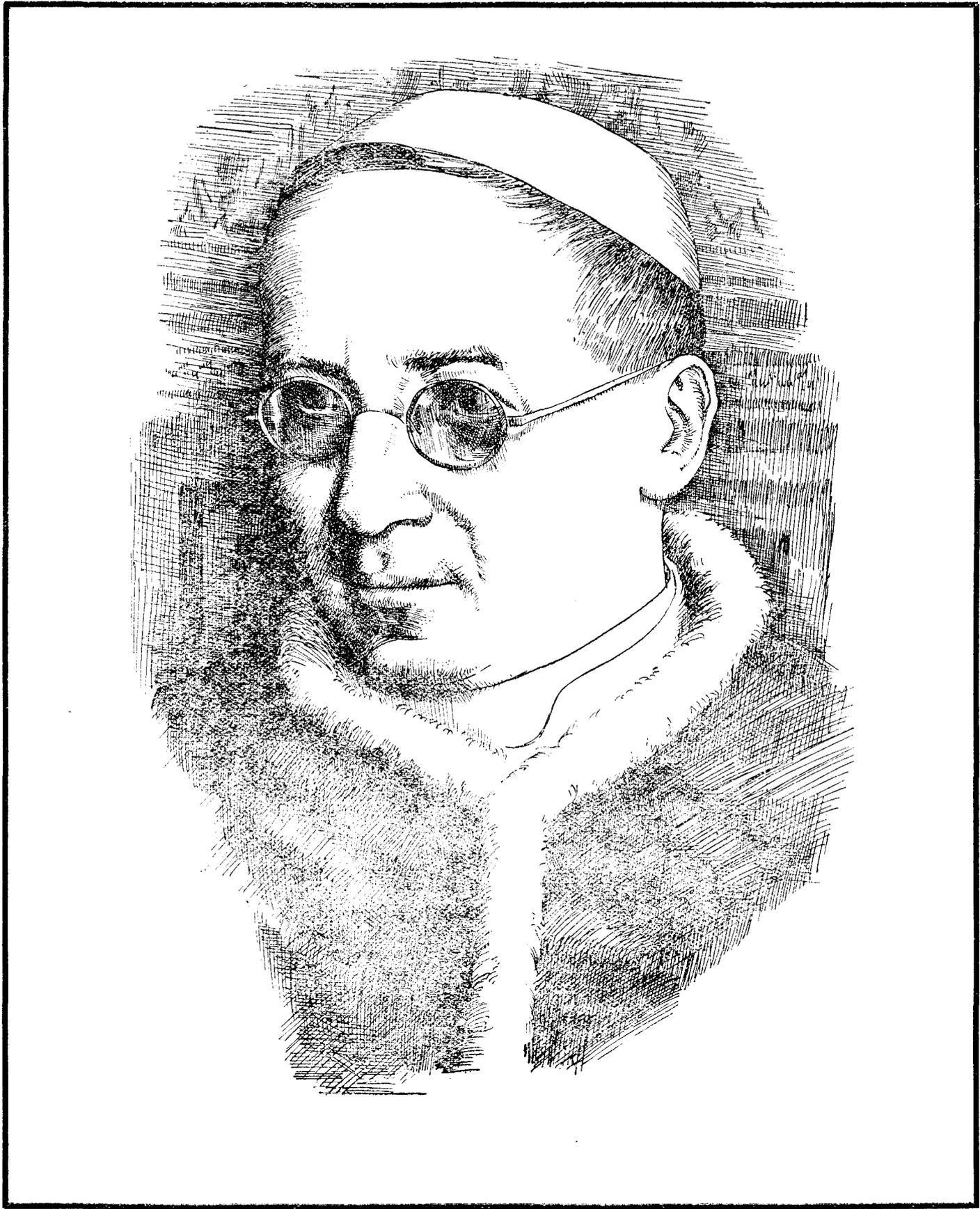
José M.º Minoves Fusté.

# PIUS

La punta Dufour corona, con sus 4.633 mts., la brillante crestería del Monte Rosa, que por la cima de Lyskam continúa desde allí su excelsitud a través de picos y glaciares hasta llegar a la cumbre de la montaña del Cervino. En 31 de agosto de 1889, dos atrevidos alpinistas milaneses, sacerdotes ambos, efectuaban la primera ascensión nacional a aquella punta por la pared oriental del gran Monte, después de una inolvidable noche pasada en la misma cumbre del Cispiuze. Y aun, como si tal proeza no bastase, la completaban efectuando la primera travesía del Zumstein. Uno de ellos—Don Graselli—pagó algo cara la empresa: llegó a Zermatt con los dedos helados. Mas el otro, su compañero, el intrépido Don Aquiles, llegó sin la menor novedad. No en vano era un miembro ilustre del Club Alpino que había dado su nombre—la vía Ratti—a una de las más difíciles rutas de la gigante barrera de agujas, hielos y brechas que se extiende desde el Monte Rosa hasta el Mont Blanc, y que con su magnificencia parece querer plasmar en la nieve y roca las palabras del salmista: «Benedicite, glacies et nives, Dominol!». ♦ Muchas otras ascensiones realizó aquel alpinista, como preludio de la última, la suprema, para la que le reservaba la Providencia: la ascensión a la colina del Vaticano.

Era natural de Desio, nacido en 1857. De su padre, Francisco Ratti, ha pronunciado un biógrafo suyo de allende el Pirineo, esta frase feliz: era «un homme exact». Su madre Teresa Galli, era digna de él. Francisco era director de una hilatura situada a la vera de la gigante cúpula de la Iglesia parroquial. Digno y propicio ambiente para la formación—hogar cristiano y rumor de máquinas—de quien, desde la Silla magistral, debía coronar con su Encíclica «Quadragesimo Anno» la labor iniciada ocho lustros antes por la «Rerum Novarum», reivindicando esta vez, no ya solamente la condición de los obreros, sino también el verdadero concepto cristiano de la economía. ♦ A los diez años sintió el llamamiento de Dios, a los veintidós, ordenado diácono—octubre 1879—ingresaba en Roma en el Colegio Lombardo y en la Universidad Gregoriana. ♦ Significativamente, el que había de ser Padre de todos, recibió la ordenación sacerdotal en Letrán, la madre de todas las iglesias del orbe, durante las Temporas, cuando el pueblo fiel ora impetrando buenos pastores. ♦ Doblemente doctorado, brilló en la recién fundada Academia de Santo Tomás, siendo presentado a León XIII por el propio Padre Liberatore como uno de los mejores alumnos de aquel gran resurgir tomista. El Pontífice, inspirado, impuso sobre la inclinada cabeza del joven estudiante sus manos venerandas. ♦ Pronto su portentosa capacidad y erudición lo llevaron al profesorado en el gran Seminario de Milán y al doctorado de número de la Ambrosiana. Consagrado a su gran biblioteca durante veintidós años, fué nombrado prefecto de la misma en 1907. Mas ya Pío X, se había fijado en él, y en 1912 lo reclamó para sí: con el título de Canónigo de San Pedro y Protonotario Apostólico le encargó la sucesión del ilustre P. Ehrle en la prefectura de la Vaticana. ♦ Treinta años de vida oscura, de conocimiento de los hombres por la historia. ♦ Mas el gran sabio no residía, como tantos otros, en la comodidad de su torre de marfil. Milán conserva, como reliquia, el confesionario de la capilla de Nuestra Señora del Cenáculo, donde, durante veinticinco años, desempeñó celosamente su oficio de médico de las almas. Por encima de todo, la vocación sacerdotal. ♦ Consciente de tales virtudes, Su Santidad Benedicto XV no dudó en reservarle una gran misión, que fué dura cruz: la de Visitador Apostólico primero, y Nuncio después, en Varsovia. Era al fin de la Gran Guerra, y el Oriente europeo se agitaba en espantosas convulsiones. ♦ Recibió la unción episcopal en la capital de la nación polaca, recién resucitada entonces, un 28 de octubre, con asistencia de su propio Presidente, y fué promovido a la dignidad de Arzobispo titular de Lepanto. ♦ Pronto necesidades aún más próximas hicieron de nuevo recordar al Papa el precioso soldado que tenía en Monseñor Aquiles Ratti. Era en febrero de 1921. Acaba de morir el Arzobispo de Milán, y la gran metrópoli se hallaba huérfana en momentos de crítica agitación. Ningún Pastor tan propio para aquella archidiócesis como el hijo ilustre de Lombardía, el cual fué promovido al propio tiempo al cardenalato. ♦ Su paso por la silla de San Ambrosio fué tan breve como ejemplar. Siempre su genio dinámico y la eficacia de su labor parecían anunciar su futura divisa «Fides intrépida.» ♦ El Cónclave que se reunió entre el 2 y el 6 de febrero de 1922, le eligió como sucesor inmediato del último Benedicto y como 261º sucesor de Pedro. Tomó el nombre de Pío, en homenaje a la santa memoria del que le llamara a su lado diez años antes. ♦ Su extraordinario pontificado es demasiado grande para ser resumido: llenará muchas de las pobres páginas de esta Revista, como ínfimo eco de la labor del que llenó la Casa del Señor. ♦ Su primer gesto, al dar su bendición desde la «loggia» exterior de San Pedro, «Urbi et Orbi», fué preludio de los providenciales Tratados de Letrán. ♦ «Renunció, incluso, a las Siete Colinas», vigoroso timonel, dió «enérgicos golpes de barra», desprendiendo a la Nave apostólica de no pocas «contingencias temporales» como genialmente nos descubre Du Plessis. ♦ Enseñó alta y sobrenaturalmente, elevando a los altares Santos que brillan en el firmamento de la Iglesia como estrellas de su pontificado. ♦ Mereció el glorioso título de Papa de las Misiones. ♦ Vicario de Cristo Rey—cuya fiesta trascendental instituyó—supo defender a su Grey contra los poderes de la tierra y tiranías estatales jamás oídas, aflictivas así del cuerpo como del espíu. ♦ Y su último acto, como el de Pío X, fué de amor. Más de amor también intrépido. Eran los días de Munich, septiembre de 1938. Ofreció su vida por la paz. Su sacrificio, siquiera temporalmente, fué acepto. Logró un último plazo de la justicia divina que Europa tampoco supo aprovechar. ♦ Y aquel sacrificio fué consumado el día 10 de febrero de 1939, legando a su sucesor su nombre, su espíu y su cruz.





*J. J. J. J.*

# LA CUESTIÓN DE "ACTION FRANÇAISE"

"NI PAZ DE CRISTO NI REINO DE CRISTO"

En la alocución consistorial del 20 de diciembre de 1926 S. S. el Papa Pío XI condenaba la "Action Française". ¿Qué había ocurrido? Entre los que no habían seguido atentamente el proceso la estupefacción fué grande y la ruidosa campaña que llevaron a cabo una parte de los condenados acabó de confundir las ideas.

## Nacimiento y desarrollo de A. F.

Empecemos haciendo algo de historia.

Luis Dimier en su obra "Vingt ans d'Action Française" dice así: "La A. F. empezó a formarse en 1899. En el seno de una reunión que Vaugeois tuvo con M. de Mahy, este respetable miembro del viejo partido republicano, cuando luchaba en defensa de Francia contra el partido de Dreyfus, dijo, que en esta defensa no admitiría nada ilegal. De ordinario estas declaraciones son aplaudidas, especialmente por los conservadores, que hallan en ellas un aspecto de energía, y les gusta. Ésta vez este bello efecto fracasó. Vaugeois replicó que él, al contrario, se burlaba de la ilegalidad cuando se trataba de salvar el país. Algunos oyentes protestaron; todo lo que había de mejor en la sala aplaudió. La A. F. estaba fundada" (página 7).

Es notable este fragmento. La primera característica de A. F. es el nacionalismo exagerado, hasta la ilegalidad.

El asunto Dreyfus, uno de los grandes y periódicos escándalos de la III República estaba en su auge. Toda Francia se hallaba dividida radicalmente en dos campos; los dreyfusistas y los antidreyfusistas. Campañas de prensa violentísimas, mítines, folletos, libros, una literatura inmensa apasionaba a los franceses, ante una sonrisa de sorpresa y ligeramente burlesca del resto de Europa.

En aquellos días un grupo de jóvenes capitaneados por Vaugeois se reunían en el café de Flora. Sobresalía Charles Maurras, que, joven aún, se distinguía por su clara inteligencia y su habilidad proselitista. Allí acudían Pujo, Montesquiou, Bainville y algunos otros que andando el tiempo formarían entre los más preclaras inteligencias de Francia.

Veían con profundo dolor los escándalos de la III República, el Gobierno del país, entregado a una cábala política esclava de las logias y que pisoteaba los mejores sentimientos de los franceses; esto los hizo evolucionar insensiblemente hacia la monarquía.

Obtenemos una combinación de individuos monárquicos, antiliberales y en religión positivistas, discípulos de Augusto Comte, en su mayoría. Audaces, resueltos e inteligentes, en una revista quincenal ("Action Française") arremeten vigorosamente contra los falsos valores consagrados por la época.

La situación económica era mala y la revista aparecía

con muy poca puntualidad. Una vez salió en la fecha precisa y se propuso celebrar el acontecimiento como un aniversario.

Al declararse monárquicos se hallan en una posición especial.

Los católicos franceses hacia el 1900 están divididos en dos grupos: los "ralliés" que aceptan y colaboran con la República y por otra parte los irreductibles, que sienten un odio inextinguible hacia la "gueuse", viejos monárquicos que cuentan con las familias más ilustres de la antigua Francia y un buen número de burgueses hondamente católicos.

Algunos de ellos van a engrosar las filas de A. F. Un grupo de estudiantes da origen a los "Camelots du Roi". Ya tenemos el embrión de lo que será el partido. Y es entonces cuando Charles Maurras concibe su idea de unir los católicos y los positivistas.

En realidad la idea no era original suya. Ya a mediados del siglo XIX Augusto Comte la tuvo y había mandado a dos de sus discípulos a Roma a entrevistarse con el P. Beck, General de la Compañía de Jesús, para proponerle una alianza entre los católicos conservadores y los positivistas en una acción política común contra la Revolución y la anarquía. No fueron recibidos y la tentativa fracasó. Maurras quiso reemprenderla.

Las fluctuaciones del proceso Dreyfus llevaron al General André al Ministerio de la Guerra. Este instrumento de las logias organizó un sistema de espionaje y de fichas en todo el ejército: de cada oficial sabía si era católico o no, si iba a Misa solo o con la familia, con devocionario o sin él. La cosa se divulgó y en el Parlamento estalló un escándalo imponente. André se defendió como pudo, apoyado por la gritería de los radicales, pero al bajar de la tribuna fué abofeteado por un diputado nacionalista. Todo el país se sintió ofendido por este espionaje y algunos grupos nuevos ingresaron en A. F.

Sus actividades aumentan. Fundan un Instituto con cátedras de nacionalismo, de las provincias, etc. Hay una de positivismo y otra, como desafío a los liberales, llamada del "Syllabus", porque este documento antiliberal, antirrevolucionario y autoritario encantaba a los de A. F., tanto católicos como ateos. Más tarde aparece un diario que toma el nombre del partido.

No vamos a seguir detalladamente las vicisitudes de A. F. Se trata esencialmente de un grupo formado por la unión de católicos y ateos que aterrados por los males de la política francesa *tratan de hacer una contra-revolución* intaurando una monarquía autoritaria y apoyando al Catolicismo, perseguido a la sazón con gran violencia, por creerlo la base de la formación de Francia y de su existencia y ser admirable su jerarquía y su espíritu fuertemente organizado. Según Maurras el ideal sería una Francia en que todos fueran católicos o positivistas. Surge el lema: "Primero política".

## A. F. no es sólo un partido político. Sus peligros

Pero desde el momento que intentan hacer una contrarrevolución es preciso que tengan una filosofía y una moral y esto ya traspasa los límites de un partido político y se convierte en una escuela política. Fijémonos en esto que luego volveremos sobre el tema.

Evidentemente, y esto salta a la vista de todos y desde el primer momento, la unión de católicos e incrédulos comporta un grave peligro para la fe de los primeros, tanto más cuanto que Maurras toma cada día con mayor efectividad la dirección espiritual y política del movimiento.

"No pudiendo entendernos sobre la religión nos hemos entendido sobre la política a seguir en materia religiosa. De esta comprensión han salido felices resultados. Algunos espíritus anticlericales se han desprendido de sus prejuicios. Numerosos católicos son amigos nuestros" (Maurras, "La politique religieuse").

"La política religiosa de Francia debe ser católica y exige el privilegio del Catolicismo en la sociedad tanto como en el Estado" (Maurras, "L'A. F. et la rel. catholique" pág. 47).

A propósito del Syllabus: "Además de que el Syllabus es, de todos los documentos procedentes de Roma el más ultramontano, es también en el que se define la política católica más rigurosa, más precisa" (Maurras "La Politique" pág. 137).

Pero que la unión entraña peligros lo confiesa Maurras claramente: "La situación es delicada, porque todos los creyentes que conviven con incrédulos y viven y trabajan con ellos corren peligros materiales en su fe". Y más tarde dirá: "No servirá de nada pretender que una colaboración se ejerza sobre el terreno puramente político. Lo sabemos muy bien: la filosofía, la moral y la religión ejercen una inspección de derecho sobre muchas cuestiones que aborda la política, sobre todo tratada desde cierta altura... No se puede negar que estas interferencias pueden y deben despertar en la conciencia católica y en gran número de casos, dudas, preguntas y escrúpulos ya generales, ya personales". Y luego: "Veo con indudable claridad como algunas de mis páginas, de las que aún subsisten, pueden y deben herir las almas fieles". (Maurras: "L'A. F. et la rel. cath. pág. 40 y 279).

En descargo suyo debe hacerse notar que Maurras nunca ha tenido la hipocresía de hacerse pasar por católico. Siempre ha manifestado claramente su positivismo. Y por otra parte nunca ha tratado, directamente, de hacer prosélitos entre los católicos de A. F.

A propósito de la autoridad de la iglesia: "...Lo admitís? Estáis en el seno de la Iglesia. No lo admitís? No estáis en él. Por dura que esta "excomunión" pueda parecer no es exclusiva del Syllabus ni de la Iglesia. Toda doctrina, todo sistema, toda realidad excomulga para existir" (Maurras, "Politique" pág. 149).

Y en 1900 declaró que si la Iglesia no veía bien su alianza con los católicos no se sorprenderían ni dejarían de tenerle la misma estimación y el mismo respeto.

### Errores de Maurras

Enumeraremos someramente los principales errores de Charles Maurras.

En primer lugar es un ateo total. No siente a Dios, ni ve la necesidad de sentirlo. Sería facilísimo multiplicar los textos.

Como buen ateo y discípulo de Comte no puede penetrar la esencia de nuestra Santa Religión. A menudo usa las mismas expresiones, pero se ve bien que en su boca las palabras tienen un sentido muy diverso.

Es muy característica su concepción del Cristianismo y del Catolicismo. Serían dos cosas completamente distintas: el Cristianismo, basado en la Biblia y especialmente en los Evangelios, debidos a la pluma de cuatro miserables judíos, es una religión semita, oriental y perniciosa. "Lo milagroso es, más bien, que el comercio de la Biblia no haya causado mayores males". "Isaías y Jesús, David y Jeremías, Ezequiel y Salomón... le daban con su ejemplo y sus discursos modelos de pura locura" (Maurras: "L'A. F." 15 octubre 1899).

Aunque el artículo vaya contra Lutero y los protestantes alemanes, el Cristo que considera es el mismo nuestro.

Y en cambio es ferviente admirador del Catolicismo. ¿Cómo es posible? Pues sencillamente: porque según él, el Catolicismo tendría un barniz de Cristianismo, pero su verdadero fundamento sería la filosofía griega y el fuerte espíritu organizador de Roma. De la Biblia y de Jesucristo, es decir, de oriental, no habría más que fragmentos cuidadosamente escogidos y bien filtrados en "esta maravilla que es el Misal y el Breviario". Ve en el Catolicismo, y esto le entusiasma, al defensor del orden y de la autoridad frente a la anarquía, hija de la revolución.

Como se ve su concepción de nuestra Religión y de la Santa Iglesia no puede ser más errónea.

Su idea de la persona humana es también falsa. No admite el alma inmortal, espiritual, llamada a la vida eterna. Así su desprecio por "los pequeños y los humildes". Halla nuevos motivos de agravio en que Jesucristo haya redimido a todos por igual, pues así, según cree, es posible que se ponga en peligro al Estado. Elogio de la esclavitud.

El siguiente texto es significativo: "Me he atrevido a evocar en presencia de mil errores los tipos acabados de la Razón, la Belleza y la Muerte, triple y único fin del mundo". ("Le Chemin du Paradis" pág. 90).

### Errores de A. F.

El partido de A. F. no era tan sólo un partido político; era además una escuela política. Maurras lo dice claramente al apropiarse la frase de Barrés: "No hay posibilidad de restaurar la cosa pública sin una doctrina".

Pero antes hemos citado textos de Maurras en que dice que sostenerse en el terreno puramente político no es posible, ya que éste se mezcla con el filosófico, moral y religioso.

Aunque, como hemos dicho, no hiciera propaganda de sus ideas filosóficas entre los católicos de A. F., éstas no podían menos de deslizarse en sus concepciones políticas y hacer peligrar la fe de los creyentes.

Veamos algo del plan de A. F.

Se han impuesto como fin "el interés nacional de la Francia real". Una consecuencia es el nacionalismo exagerado: "Un verdadero nacionalista coloca la patria ante todo: lo concibe todo, trata, resuelve todas las cuestiones políticas pendientes en su relación con el interés nacional". Recordemos lo que dice Dimier sobre el origen de A. F.

"La patria por encima de todo". La Iglesia enseña y quiere y manda el patriotismo, pero también enseña que no puede ponerse a la patria por encima de todo. Hay intereses más altos.

Aunque A. F. propone una finalidad concreta deseable no pone de relieve los caracteres esenciales del bien verdadero que no sólo ha de ser útil sino honesto, sin contar con que el bien común temporal no es el último fin de la ciudad terrenal. A. F. no dice ni una palabra de ello.

Los medios para obtener este fin son monarquía, etc. Nunca hablan de la cristianización del pueblo. La soberana autoridad de Dios sobre la sociedad es desconocida.

El nacionalismo exagerado es contrario a la justicia y a la caridad. Daudet dice: "He aplaudido la muerte de Matías Erzberger (¡uno menos!), la de Rathenau (¡otro menos!). Aplaudiría igualmente la de Ludendorff, von Seeckt y me alegro del hambre alemán".

Su concepción de la historia es la de Bainville, que es su historiador oficial. Éste es profundamente ateo.

La fórmula de A. F. es "primero política", es decir, por encima de todo, la política.

Es el campo totalmente opuesto a "Le Sillon" y por esto se combatieron con saña.

## La Condenación

Fué en 1925 cuando Pío XI se fijó especialmente en A. F. "Les cahiers de l'association de la jeunesse Catholique belge" organizaron una encuesta: "Entre los escritores de los últimos veinticinco años, ¿cuáles son los que consideráis como vuestros maestros?" Maurras obtuvo aplastante mayoría. El cardenal Mercier no pasó de cinco o seis votos. Una obra "Charles Maurras, maître de la jeunesse catholique?" por algunas personalidades católicas belgas indicó el peligro.

Al enterarse de ello el Papa quiso leer las obras de Maurras, Daudet y casi toda la colección de A. F.

La ocasión de intervenir fué la respuesta dada por el cardenal Andrieu, arzobispo de Burdeos, a un grupo de jóvenes que le interrogaron acerca de A. F. El Papa le manda una carta laudatoria y llama la atención acerca de los peligros que corre la fe de los católicos y aprueba la enumeración y condena de errores en la doctrina de A. F., que califica de paganismo renaciente y naturalismo. (Respuesta al Card. Andrieu, 5 de septiembre de 1926).

El Presidente de la Liga de A. F., contestó expresando "su humilde reconocimiento" al Papa, protestando de "su fè entera en los dogmas de la Iglesia" y "de su sumisión a su Jefe". Creen que la única causa de las advertencias del Papa y del cardenal, es la malevolencia de sus enemigos que siguen de cerca o de lejos al clan modernista o semimodernista.

El diario A. F., publica con el seudónimo "Sous la terre" una serie de artículos violentísimos e injuriosos para el Papa y especialmente para el secretario de Estado, cardenal Gasparri. Luego se reunieron en un volumen.

El 20 de diciembre de 1926 en una alocución consistorial volvió el Papa sobre el asunto y pronuncia la condena definitiva. "En ningún caso es permitido a los católicos adherirse a las empresas y en cierta manera a la escuela de los que colocan los intereses privados por encima de la Religión y quieren poner la segunda al servicio de los primeros; tampoco es lícito exponerse, o exponer a otros, especialmente jóvenes, a influencias o doctrinas que constituyen un peligro, tanto para la integridad de la fe y de las costumbres, como para la formación católica de la juventud". Tampoco pueden leer o propagar los periódicos o las obras de los individuos que se apartan de nuestros dogmas.

Siguió a esto, el decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio con la condena de varias obras de Maurras y del diario A. F. Lleva fecha del 29 de enero de 1914. En tiempo de Pío X se había tratado de ello, pero el Papa, por razón de oportunidad, quiso diferirla, dejando no obstante, preparado el decreto por si alguno de sus sucesores había de usarlo.

## La resistencia al Papa

A partir de este momento, el empeño de A. F., sera querer demostrar que el Papa les ha condenado en tanto que partido político a instigación, principalmente, de los católicos demócratas o "ralliés", los cuales, ciertamente, algunas veces, en su campaña contra la A. F., por su resistencia, colmaron la medida. Deducen de ello, que no están obligados a obedecer, pues se trata de cuestiones libres y de hecho un gran número de católicos y aún sacerdotes se niegan a reconocer la autoridad del Papa en este asunto. Sostienen, además, que el peligro para la fe, que señala el Pontífice, es inexistente.

Los obispos franceses en una declaración colectiva se adhieren al Papa.

La Sagrada Penitenciaría ordena se niegue la absolución y los Sacramentos a los contumaces.

La posición de A. F. de que el Papa en la condena realiza un acto político, no es sostenible. Hemos citado algunos textos que lo prueban. Además éstos: "Muy acertadamente V. E. deja de lado las cuestiones puramente políticas, como por ejemplo, la de la forma de gobierno. En este punto la Iglesia deja a cada cual plena libertad. Pero no es igualmente libre, V. Em. lo hace notar bien, el seguir ciegamente a los dirigentes de A. F. en las cosas que se refieren a la fe o a la moral" (carta al Card. Andrieu del 5 de septiembre de 1926). "Nuestras palabras pasadas o presentes no Nos han sido inspiradas ni por prejuicios o por celos de partido, ni por consideraciones humanas, ni desconocimiento o insuficiente estima de los beneficios que la Iglesia o el Estado han obtenido de ciertos hombres o de una agrupación o escuela, sino sólo y únicamente por el respeto y la conciencia de una obligación de Nuestro cargo de defender el honor del Rey divino, la salvación de las almas, el bien de la Religión y la prosperidad futura de la misma Francia católica" (alocución del 20 de diciembre de 1926). "Se ha revelado una ausencia absoluta de toda idea exacta sobre la autoridad del Papa y de la Santa Sede y de su competencia al juzgar su extensión y las materias que le pertenecen (carta al Card. Andrieu del 5 de enero de 1927).

Si al condenar una doctrina que pone en peligro la fe, alcanza al mismo tiempo a un partido político, o si los adversarios de este partido faltan a la caridad, es un asunto del que no se puede hacer responsable al Papa.

En cuanto a que la acusación del Pontífice sobre los peligros que corría la fe de los católicos era infundada, la historia de la lamentable resistencia de muchos de ellos es la mejor prueba de la razón que asistía al Papa.

Posteriormente A. F. hizo sumisión y el Papa levantó la condena al diario manteniendo la de las obras de Maurras; aunque promulgada por Pío XII parece ser que Pío XI la tenía ya preparada cuando le sorprendió la muerte.

**Podríamos resumir este artículo y el publicado sobre "Le Sillon" en el número 13 de "Cristiandad" diciendo que los sillonistas, con su falso pacifismo no entendieron "La paz de Cristo" y que la monarquía de A. F. era incompatible con "El reino de Cristo", y ni unos ni otros comprendieron la magnífica fórmula adoptada por Pío XI: "La paz de Cristo en el reino de Cristo".**

*Domingo Sanmartí Font*

# Los Tratados de Letrán

## "J'aime l'Eglise, ma Mère"

Era una bella tarde de la primavera romana, 17 de mayo de 1927. Cumplían dos años de otra, inolvidable, que, en medio de manifestaciones de júbilo no registrado desde hacía cincuenta y cinco años, finía en un extraordinario espectáculo nocturno desconocido ya para todos los habitantes de la Urbe, excepto, quizá, para alguno que otro anciano nostálgico de los buenos tiempos del paternal gobierno de los Pontífices: la iluminación exterior de la Basilica de San Pedro, desde la fachada de Paulo V hasta lo más alto de la cúpula miguelangélica.

Reviviendo la gloria de este atardecer romano, lleno de estos perfumes—Monte Mario, Villa Celimontana, Antiguas Iglesias cristianas del Celio y del Aventino—que tan bien materializan aquel otro más alto, el "Parfum de Rome", de que nos habla Veuillot, lleguémonos con la imaginación a los jardines del Vaticano, llenos aún de aquel primero y más sublime perfume de cuantos hayan embalsamado las Siete Colinas: el de los mártires que allí inmolaron, en forma de antorchas, la crueldad de Nerón.

"Transportémonos, dice Fontenelle, a ésta tarde. Después de la última torre almenada del recinto leonino, macizo y cubierto de yedra, se eleva una pequeña capilla de fábrica aún fresca—arco romano sobre dos columnas—que cubre un velo, cuyos bordes, ligeramente ondulados por la brisa, dejan ver los pies de una estatua de alabastro".

"Hay una animación insólita, en este rincón misterioso del jardín, de ordinario tan recoleto, en esta hora del paseo del Padre Santo... El cielo, en calma, es de azul intenso, y en él marca una corona el vuelo de las golondrinas. Los grandes árboles amparan esta escena tan original, tan exquisita, que se creería un sueño..."

"De repente, aparece un "Fiat", y la escogida concurrencia allí convocada, queda inmóvil. Listo, ágil, con un vigor extraordinario, Pío XI, en veste blanca, desciende del coche y atraviesa los grupos arrodillados que bendice, pasando... Se prosterna ante la nueva capilla. Cae el velo, y Santa Teresa del Niño Jesús aparece, en imagen de aquella otra estatua que, sonriente, y apretando contra su pecho un crucifijo rodeado de rosas, acoge a los peregrinos en el patio exterior del Monasterio de Lisieux. Y su zócalo lleva esta simple inscripción, de la que ella misma es autora: "J'aime l'Eglise, ma Mère."

"...Así ella reina, está en su casa, ella, en este Vaticano. Para ella son las preferencias del augusto Pontífice, que, por privilegio único, la ha entronizado en sus jardines. Ella reina allí. Así lo entendió Pío XI al escribir de su propia mano el pergamino encuadrado conteniendo una reliquia del primer sepulcro de la Santa: "Posuit me custodem in hortis Vaticanis. XVII maii MCMXXVII. PIUS PP. XI".

## La Cuestión Romana

"Custodem in hortis Vaticanis". Lo fué desde el momento feliz del "Annuntio vobis gaudium..." del día 6 de febrero de 1922, al que siguió ya el gesto profético y simbólico de aquella bendición, "Urbi et Orbi" desde el balcón exterior de San Pedro. Desde 1870, la grande "loggia"

estaba desierta de la noble figura blanca del Pontífice, prisionero en el interior de la inmensa cárcel vaticana, inmensa y magnífica, pero cárcel al fin. "Yo quiero, dijo Pío XI al ser elegido, añadir una palabra: yo protesto ante los miembros del Sacro Colegio, que seré íntegro en salvaguardar y defender todos los derechos de la Iglesia y todas las prerrogativas de la Santa Sede; pero, esto declarado, quiero que mi primera bendición sea, como prenda de la paz a la que la humanidad aspira, no sólo para Roma e Italia, sino para toda la Iglesia y el mundo entero. La daré desde el balcón exterior de San Pedro."

¡Custodem in hortis Vaticanis! El Vaticano, este conjunto de palacios y museos que encierra las mayores maravillas del arte del mundo, no era residencia de las Papas (lo era el palacio del Quirinal), hasta que en él se refugió Pío IX al ser invadida Roma, el 20 de septiembre de 1870, por las tropas del entonces naciente reino de Italia.

Fué el fin de la mayor y más consumada Conspiración de la Historia. Ella sola—si el divino Oráculo necesitase comprobaciones—serviría para hacer palpable la realidad de la frase de la Escritura, cuando nos advierte que los hijos de las tinieblas son más hábiles en sus negocios que los hijos de la Luz.

La gran Conspiración del siglo XIX fué ésta: la de conseguir la desaparición del Poder Temporal de la Iglesia; Poder Temporal, es decir, Soberanía e independencias temporales que en una u otra forma son indispensables al Papado—que en su condición espiritual suprema, no puede ser súbdito de ningún príncipe ni de ningún Estado—para el desempeño de su función, divinal, sobre la Tierra.

La destrucción de este poder fué obra refinada de enredos, traiciones y de calumnias. Y Pío IX, el Pontífice escogido por la Providencia para el sacrificio, objeto del peor tormento: de una verdadera "cheka" espiritual, entre la mayor algarabía y los más tremendos descaros y cinismos que hayan acompañado peripecia alguna política en todos los tiempos.

Ya en 1848, y como consecuencia de la Revolución general en Europa, Pío IX debe huir a Gaeta bajo la protección de Fernando II de Nápoles. Expulsado Mazzini de la Ciudad Eterna por el general Audinot, es restablecido, y goza de diez años de paz relativa. Pero las sectas trabajan, y la estela de los poetas e intelectuales unitaristas italianos—culminada por los Gioberti, Balbo y D'Azeglio—es aprovechada por las sectas explotando un amplio movimiento nacionalista—con cosas buenas y malas—, y antipontificio (encubriendo lo antireligioso). Palmerston, es decir Inglaterra y la Masonería, llevan las riendas y la dirección de la gran aventura.

Un político extraordinario, Cavour, aprovecha este Movimiento, poniendo al frente del mismo su pequeño Piamonte. En abril de 1859, obtenida, hábilmente, la protección del omnipotente Napoleón III, estalla la guerra franco-sardo-austriaca. Magenta y Solferino dan la Lombardía al Reino de Cerdeña, el cual, siempre con la colaboración de las sectas, y pretextando revoluciones hábilmente organizadas, anexiona los diversos Ducados y gran parte de los Estados Pontificios, heroicamente defendidos por los voluntarios de Lamoricière.

Entre tanto, ya en 1860, con la colaboración de la escuadra inglesa, mil aventureros a las órdenes de Garibaldi y con el auxilio de la traición y de las tramas mejor

organizadas que darse pueden, desembarcan en Sicilia, provocan la revolución en Nápoles, y presto, a través del "corredor" de las Marcas y de la Romaña, arrebatadas al Papa—cuyo Estado queda reducido al Lacio—, es un hecho la reunión de todo Italia bajo la monarquía constitucional de Savoya. Florencia es su capital interina, último escalón para llegar a Roma, ya cercana. Y la gran Conspiración sigue latente. "Gatta si cova" como reza el refrán italiano.

Después de dos tentativas de Garibaldi, puesto en trance de cobarde fuga, queda el ya reducidísimo Estado Pontificio indefenso, totalmente, en 1870. Antes, y ya en 1860, el Imperio Austriaco, católico, ha sido vencido y reducido a la impotencia por la antireligiosa y violenta Prusia. Ahora, este mismo terrible país, arrollando a los franceses, obliga a la pequeña guarnición imperial, que mantenía, más que otra cosa, el fervoroso tesón de la Emperatriz Eugenia, a abandonar la Ciudad Eterna. Las tropas de la nueva Italia se presentan (treinta contra uno) ante ella, abren brecha, sin gloria, en la Puerta-Pía el triste día XX de septiembre, y el general Kanzler recibe orden del último Papa-Rey de cesar el fuego. El Pontífice quedaba reducido en el Vaticano, mejor dicho, acorralado en él.

Ante sus puertas se detuvo, es verdad, —por lo menos físicamente—, el ejército de la Monarquía de Savoya, pero no por esto quedó menos constituido en cárcel. Con una cínica Ley, la llamada "Ley de garantías", fruto de escrúpulos dignos de Micifuz y Zapiron, pretendía el nuevo Estado italiano legalizar todas las citadas expoliaciones, fingiendo un respeto "espiritual" y simbólico a la independencia del Papado, el cual, de aceptar de derecho dicha Ley—como quedó, más o menos, subsistente, de hecho, en algunos aspectos de carácter práctico y por necesidad de convivencia—, se hubiera convertido, asimismo, automáticamente, en un deshonorado Capellanato del Rey de Italia.

Pasaron los años. La situación, de hecho, fué haciéndose menos tirante: el tiempo suaviza hasta las consecuencias de los sacrilegios. Pero todos y cada uno de los Pontífices no dejaban, en las circunstancias necesarias, de declarar, solemnemente, que aquella suavización de la situación de hecho, que aquel mal llamado "statu quo", no aportaba ninguna mejora a la tremenda situación, de derecho, subsistente: el Pontífice, Vicario de Cristo, perpetuamente acorralado en su Palacio, sin la necesaria independencia y soberanía para realizar libremente su misión y comunicar con sus ovejas. Y sometido, por tanto, a cualquier contingencia que pudiese venir a empeorar las mejoras, puramente superficiales, de la repetida situación. "Espada de Damocles", en suma, perpetuamente sostenida sobre la Cabeza de la Cristiandad. La situación de la Santa Sede durante la guerra 1914-18, objeto de un respeto relativamente sincero, pero con sus movimientos obstaculizados, no hizo más que demostrar que, aún y dentro de las circunstancias más propicias, la falta de una auténtica soberanía, era un obstáculo gravísimo, aparte de la negación de un derecho irrenunciable.

### *La hora de la Providencia*

¡Custodem in hortis Vaticanis! ¡Cuán admirables son los caminos de la Providencia! Estaba a punto de sonar ya su hora, y es entonces, precisamente, cuando, como sucesor del Papa pacífico, Benedicto XV, envía a su Iglesia un Jefe, de vida tan plena en lo sobrenatural, como lleno de energías en lo físico. Un Jefe, por otra parte, clarividente y experto, conocedor de todos los caminos de Dios.

Y es que la Barca del Pescador tenía necesidad de un

Timonel decidido y audaz; de un fuerte golpe de barra. Resumiendo admirablemente su pensamiento y su obra Du Plessis lo expresa con visión genial. "...Ce qu'ils ont commencé (sus antecesores), Pie XI semble avoir hâte de le parfaire. Une pensée, un ardent souci le domine: dégager partout l'Eglise des contingences temporelles, des rivages de Génésareth, et mettre le cap sur le large. Visiblement, Celui qui l'éclaire et l'encourage sait des périls plus ou moins prochains, des nécessités plus ou moins impérieuses de salut et d'apostolat qui imposent ce coup de barre. Il faut que l'Eglise sorte.

"Elle renonce même aux Sept Collines. Elle ne veut pas qu'on la mêle aux puissances séculières, aux guerres humaines, aux dissensions politiques, aux luttes des partis contre les gouvernements quels qu'ils soient, hostiles ou favorables, bienfaisants ou persécuteurs, aux rivalités économiques, aux discordes sociales, aux alliances, ambitions et bousculades des nations, des empires et des races. Ni Orient, ni Occident; le genre humain".

Con prudencia suma, pero con decisión manifiesta, Pio XI supo, desde el primer momento, "mettre le cap sur le large". Para ello no dudó, incluso, en renunciar a las Siete Colinas.

Muchos años hacía que se buscaba solución a la cuestión romana. Cuestión difícil. ¿Cómo hallar un arreglo entre el expoliador y el expoliado? ¿Cómo borrar las huellas del enorme sacrilegio perpetrado?

Crispi, el ministro de fines de mil ochocientos, el monigote de las logias, tuvo, un momento, la veleidad de buscar esta solución. Demasiada empresa para tal pigmeo, a quien no debía tardar en derribar el Negus Menelik al deshacer la tartarinada de la expedición del misero Baratieri. Y entonces Crispi, tuvo quizá, el único acierto de su vida al exclamar esta frase que se hizo histórica: "Quien sea capaz de resolver esta cuestión, será el mayor hombre de Estado de Italia".

No pocas tentativas se fueron ensayando, a medida que este asunto derivaba hacia un estacionamiento mal llamado, como hemos dicho antes, "statu quo". No pocos católicos liberales, que, no obstante decirse fieles hijos de la Iglesia, tenían hacia ella este amor tan sospechoso que lleva fácilmente a excusar o atenuar los atentados de que es víctima la Madre, en forma vergonzante parecían creer aquel estado de cosas como muy aceptable, espantados de que el Papa pudiese volver a ser Jefe de un Estado, con burocracia, con tropas, (siquiera más o menos simbólicas), territorio (siquiera simbólico también), policía y atributos de soberanía. ¡A tal desconocimiento de lo que es el mundo conduce el liberalismo—que muchas veces nos informa aún sin darnos cuenta de ello—, que llevamos tan arraigado en nuestra sangre! ¡Como si precisamente no fueran las mismas impurezas de la realidad del Mundo los que aconsejan—aparte otras razones harto superiores— que el Padre común de los fieles no sea súbdito de nadie, sino soberano!

La Santa Sede no aceptó muchos de los ofrecimientos de componedores más o menos improvisados, más o menos bien intencionados. Ni menos las pérdidas y mal intencionadas ofertas de algún bando beligerante, durante la primera guerra mundial. El camino había de ser otro.

### *Los Tratados de Latrán*

Cuando hoy vemos esta triste figura envejecida, abrumado protagonista de tragedias tales que parecen arrancadas de la lira de un Sófocles o de un Eurípides, actor de tanta grandeza que ha finido rodando por el precipicio del Desengaño, este gran actor del teatro europeo durante cuatro lustros, Benito Mussolini, difícilmente ya recorda-

mos las glorias de la Conciliación. Y sin embargo, sólo ha transcurrido breve tiempo desde aquella feliz apoteosis.

Han pasado sólo quince años de aquella mañana de invierno, del once de febrero de 1929, fría físicamente, pero cálida y gloriosa, en que, de una parte, el Reino de Italia, reconocía la soberanía absoluta del Santo Padre sobre la Ciudad del Vaticano y, al indemnizar, siquiera en cifra muy inferior a la debida, a la Santa Sede la pérdida del patrimonio de San Pedro, reconocía, igualmente, y rectificaba, la expoliación de que la había hecho víctima. De otro lado el Pontífice, al recibir en su regazo de Padre, al hijo pródigo, al Estado italiano bajo la dinastía de Saboya, dejaba, por fin, a los buenos italianos en libertad absoluta para amar y servir a su patria y a su Estado sin dejar, por ello, de amar y servir a Dios. Tenía razón Crispi: tal servicio a su patria sólo podía hacerlo un político extraordinario.

No fatigaremos al culto lector recordando más detalles de tan conocido acontecimiento. Pero no resistiremos a la tentación de transcribir—traduciéndolo de “Pertinax”—, el delicioso, y ya menos vulgarizado diálogo habido en el Palacio de Letrán entre los firmantes plenipotenciarios, el cardenal Gasparri y Benito Mussolini, quienes coronaban con su pluma de oro—cabe el histórico mosaico de Constantino que representa, simbólicamente, a “las dos Espadas”, al Papa y al Emperador de hinojos ante Cristo—la labor benemérita de los primeros negociadores, el abogado Francisco Pacelli y el consejero de Estado Barone.

“El cardenal Gasparri no conocía a Benito Mussolini más que por las fotografías. Temía hallarse ante una faz brutal. Y, con gran sorpresa, se halló ante un hombre de ojos vivos y sonriente”.

—“Yo me considero muy feliz—dijo el cardenal—daros la bienvenida en nuestra casa parroquial”.

“El Duce hizo un gesto de interrogación. Por lo visto, nunca nadie le había explicado que San Juan de Letrán es la Catedral del Papa.

—“Yo me felicito—añadió el cardenal secretario de Estado—de que estos Tratados hayan sido coronados precisamente en la festividad de Nuestra Señora de Lourdes, protectora de la Santa Sede.

“Por segunda vez, Mussolini, reconoció su ignorancia.

—“...y la víspera del séptimo aniversario de la coronación de su Santidad.

“¡—Ah! en cuanto a esta coincidencia, no me había escapado!—exclamó el Dictador”.

¡Cuántas cosas han pasado desde entonces, y cuántas desventuras y desilusiones se han abatido sobre la cabeza del hombre de Estado discutido, atormentado y fracasado a quien, sin embargo, Pío XI calificó certeramente, del “hombre providencial”! Y, realmente, lo fué. Y creemos que fué, y sigue siendo, aún en medio de su desastre, el hombre misterioso de nuestro siglo.

Tratados, negociaciones gloriosas, que llenaron de júbilo a la Iglesia Universal, lo que para el Pontífice fué la más clara prueba de haber acertado la voluntad de Dios. No importa, para ello, que algún católico funciera el ceño. Quizá hubiera un fondo de razón—desde el punto de vista material—en creer que el Santo Padre se contentó con poco, y que en realidad fué el Reino de Italia—siempre materialmente hablando—quien salió más ganancioso. Pero el mismo Pontífice lo reconoció así, franca y ampliamente, en su alocución del mismo 11 de febrero.

“...es realmente, poco, muy poco, lo menos posible, lo que Nos hemos pedido en este orden de cosas (lo temporal); y es con deliberación que Nos lo hemos hecho, des-

pues de haber largamente reflexionado, meditado y rogado. Y ello, por razones que Nos parecen buenas y graves. Ante todo, Nos hemos querido demostrar que Nos somos siempre el Padre que trata con sus hijos...” ¡...y es bien sabido que siempre, en tales cosas, son los hijos quienes salen gananciosos! Mas ¿es que la ganancia de los hijos no es, en definitiva, la mejor gloria para el Padre?

### *La Trascendencia de los Tratados*

La marcha de la historia ha puesto de relieve, bien pronto, con que sobrenatural clarividencia Pío XI apresuró estas negociaciones. ¿Cuál sería en la tremenda conflagración actual, la actuación del Papa, de no hallarse reconocido—pese a los tristes atentados aéreos circunstanciales, o a otros peligros posibles más considerables—como Cabeza de un Estado minúsculo, pero Estado al fin?

Fué en la misma alocución antes citada, cuando el gran Pontífice, como si otease en los arcanos de lo Porvenir, contestando también a otras objeciones que se habían hecho a estos Tratados, relativas a la seguridad que pudese gozar, en las contingencias de lo futuro, el entonces recién creado Estado de la Iglesia, débil y minúsculo, exclamaba:

“Otra duda: ¿qué ocurrirá mañana? Esta cuestión nos deja, si cabe, más tranquilos aún, porque a ella podemos, simplemente, contestar: ¡No lo sabemos! ¡El porvenir está en las manos de Dios, por tanto, se halla en buenas manos!”

Palabras éstas que, ahora más que nunca, tienen actualidad viva y palpitante.

El porvenir, y también el presente, se hallan en manos de Dios.

### *La “Estrella de su Pontificado”*

Para ello Pío XI preparó sus caminos. Verdaderamente, con razón advertía Du Plessis que Aquél que le iluminaba “sabía de peligros más o menos próximos, que imponían el golpe de barra” ¡Y fué por ello y para ello que, repleto de espíritu sobrenatural, el Pontífice hizo objeto de sus delicias y preferencias aquella Virgen de Lisieux sobrenaturalmente misteriosa—“fille mystérieuse” la llama cierto escritor poco pío pero desconcertante—que ofreció que, ni aún en el seno de la Visión beatífica, tendría su solicitud descanso hasta que el Angel jurase “que ya no habrá más tiempo” (Apoc. X-6).

Por ello, sediento de apoyo, necesitado de fortaleza y de guía, frente al proceloso océano abierto ante su Barca, el Sucesor de Pedro buscó su Estrella, la suya, la que él había descubierto y señalado en el luminoso Cielo de la Iglesia triunfante: Teresa del Niño Jesús—a quien proclamara como la verdadera Inspiradora y protectora de los Tratados de Letrán, especialmente desde el coloquio sobrenatural que tuviera con ella en la tarde de primavera a que nos hemos referido al encabezar este artículo—se convirtió cada vez más, en la Estrella de su Pontificado. “In periculis, in angustiis, in rebus dubiis, respice stellam” nos recuerda, de San Bernardo, el ya citado Fontenelle. Respice stellam.

Y así, de aquellos Tratados, surgió una nueva ruta. Sus destinos, los definitivos, los conoce Dios. Pero su divino Hijo ha prometido estar, hasta la consumación de los siglos, con Ella, con su Esposa, con la Iglesia. Con la Iglesia, nuestra Madre.

“J’aime l’Eglise, ma Mère”.

*Luis Creus Vidal*

## DE MIS RECUERDOS DE PEREGRINO

# Pío XI y la Exaltación de los Santos a los Altares

*... Los Santos han sido, son y serán siempre los más grandes bienhechores de la sociedad humana, como también los más perfectos modelos de toda clase y profesión, en todo estado y condición de vida, desde el campesino sencillo y rústico hasta el hombre de ciencias y letras, desde el humilde artesano hasta el que capitanea ejércitos, desde el oscuro padre de familia hasta el monarca que gobierna pueblos y naciones, desde las sencillas niñas y mujeres del hogar doméstico hasta las reinas y emperatrices...*

(PIO XI, Encíclica «Divini illius magistri», 31 Diciembre 1929)

Yo, amigos, estuve en Roma, en 1934, en la canonización de la españolísima vizcondesa de Jorbalón, en el mundo Doña María Desmaisières, y en la Iglesia de Cristo, Santa Micaela del Santísimo Sacramento. Conocí entonces a Pío XI, Papa. Besé sus pies y su anillo, humillé mi frente y veneré con devoción íntima, con emoción honda, al augusto anciano que regía entonces con sabia prudencia el mundo católico y propagaba, en todo momento, con valentía y con lógica la verdad única y universal.

Yo conservo desde entonces el recuerdo amadísimo de Pío XI, unido a la exaltación de los nuevos Santos a los altares. Pío XI, en los años felices de su pontificado, veló celosamente, apasionadamente, por proclamar, previas todas las garantías imaginables, la santidad de sus hijos. Y especialmente en el Año Santo. Era el XIX Centenario de la Redención. Se entraba en la veinte siglos del momento más sublime y emotivo de la Historia, y desde Esteban, el Protomártir, y Juan el Bautista, y Pedro el pescador, y Magdalena la pecadora arrepentida, y tantos y tantos, se han sucedido los siglos y la Iglesia Católica ha elevado a los altares, por la voz infalible de los Papas, a nuevos y grandes Santos. Hasta los tiempos presentes. Santa Gema Galgani es de ayer nada más, como Santa Teresita del Niño Jesús, y son muchas las personas que han conocido y tratado a San Juan Bosco.

Pío XI, no encontró medio más apropiado para conmemorar el XIX Centenario de la Redención del mundo con la muerte en la Cruz de Jesús de Nazaret, el Hombre Dios, que exaltar a los altares a sus confesores más valientes. Y así, extremó las pruebas, apretó los procesos de beatificación, forzó con preces y sacrificios y comuniones la misericordia Divina y pudo en el año 1934 dar a la Iglesia Católica diecinueve Santos. "Nada menos que diecinueve hijos de la Iglesia—afirmaba el preclaro escritor católico Benedicto Torralba de Damas, víctima de su apostolado religioso y patriótico—, han merecido ese honor. En esta época de decadencia espiritual, de materialismos, de gobiernos y gobernantes laicos—había República en España—, de desorientación de los aspectos fundamentales de la vida, la Iglesia, madre amantísima siempre, y que como tal, conoce como nadie las necesidades de sus hijos, ofrece al mundo remedios eficaces para los males que lo afligen. En esta nueva galería de Santos hay exaltaciones de todos los más elevados valores espiritua-

les, de todas las virtudes. Son como un compendio de la Iglesia Católica, que es militante y triunfante, pese a los esfuerzos inícuos y estériles de sus perseguidores".

Y Pío XI elevó a los altares diecinueve Santos, sólo en el año 1934. ¡Y qué Santos! JOSÉ PIGNATELLI, el jesuita expulsado de España por Carlos II; el P. ANTONIO CLARET, fundador de los Hijos del Inmaculado Corazón de María; "confesor de Isabel II, a él se debe lo que se hizo de bueno en España por aquella época, y a sus calumniadores todo lo malo, que fué mucho, de aquel trozo de Historia". Y CONRADO PORSHAM, ejemplo de sacrificio heroico; y los mártires del Paraguay, los jesuitas JUAN DEL CASTILLO, ALFONSO RODRÍGUEZ y ROQUE GONZÁLEZ. Y las religiosas JUANA ANTI-DA THOURET, MARÍA DE SANTA EUFRASIA PELLETIER, LUISA DE MÉRILLAC, VICENTA GEROSA, MARGARITA REDÍ, CATALINA LABOURÉ...

¡Oh celo y entusiasmo de Pío XI! ¡Oh misión providencial de la Iglesia Católica! Un autor asegura: "Es innegable que las tres causas primeras de la crisis por que atraviesa el mundo son éstas: pobreza de vida interior, inmoralidad por el desbordamiento de los más bajos instintos, lucha social de clases". Pues bien: GEMA GALGANI, la MADRE SACRAMENTO y DON BOSCO son el antídoto de estas tres ponzoñas que destruyen la sociedad de nuestros días.

¡DON BOSCO! Cuando Pío XI acabó de pronunciar las palabras sublimes de su canonización, una verdadera nube de palomas mensajeras oscureció el firmamento y partió en rauda vuelo hacia Turín, la sede y cuna del fundador de los Salesianos; carrera de triunfo, nimbo de gloria, emoción inolvidable, ofrenda tierna de los hombres al que fué tan humano entre los Santos...

Y BERNARDITA SOUBIROUS, aquella Bernardita de Francia, de Lourdes, elegida por la Virgen para proclamar su gran milagro. Y POMPILIO MARÍA PI-RROTTI, el predicador y taumaturgo del Sur de Italia. Y ANDRÉS HUBERTO FOURNET, que después de alcanzar Navarra, que le acoge en su seno para salvarle, vuelve a ir a Francia para jugarse la vida y fundar el Instituto de las Hijas de la Cruz, en plena Revolución.

Y para cerrar este magnífico ciclo del reinado de Pío XI, la canonización del P. Cattolengo, el fundador de

la Pequeña Casa de la Divina Providencia, el apóstol de los pobres, el padre de los enfermos, el Santo de la caridad.

¡Pío XI! ¡El año Santo de 1934 y Pío XI quedan unidos en la gloria inmarcesible de estas diecinueve grandes flores del jardín de Cristo!

\* \* \*

Yo, amigos, como os dije, tuve la suerte, por la merced de Dios, de asistir en Roma, acompañando a mi buen padre, a la canonización de la Madre Micaela del Santísimo Sacramento, formando parte de la peregrinación que, presidida por el llorado Obispo de Barcelona, Dr. Irurita, acudió a la solemne fiesta.

¡La Madre Micaela del Santísimo Sacramento! Todavía están vivos mis recuerdos. Era Micaela Desmaisières una dama de la Corte de Madrid. De aquella Corte, liberal como su siglo, en la que la persona de Doña Isabel II, pese a la dirección sabia del P. Claret, apenas si era una gota de aceite perdida en el tempestuoso oleaje del mar ensorbecido de la Revolución. La Vizcondesa de Jorbalón era dama de honor. Me quedó grabado en el recuerdo, lo oí contar de su interesante figura, cuando, en acto de servicio, en el palco del Real, usaba unas gruesas gafas negras que le impedían ver lo que ocurría en el escenario o en el patio de butacas, pero sí, en cambio, recogerse, mecida por la música, en sus ensueños de caridad. ¡Oh, dulce, oh tierna, oh Santa Vizcondesa, estampa viva, con sus gafas negras, de una época clásica, donde tan excepcional extremo de virtud era posible!

\* \* \*

En aquella tarde—debió de ser de abril o de mayo—de 1844, cruzaban las espaciosas salas del Hospital de San Juan de Dios, de Madrid, damas de la aristocracia. La caridad cristiana, afirma el P. Risco, S. J., tomada en su sentido práctico, esa que desciende hasta el contacto real con la pobreza, para rendirla, ha sido siempre el más vistoso florón de la antigua nobleza española. Así, esa tarde de abril o de mayo de 1844—hace un siglo—entre las damas visitantes estaba la Vizcondesa de Jorbalón. La Vizcondesa, todavía joven y ya encendida en amor de caridad, tiene a su cargo la sala de las mujeres descarriadas. Una de ellas llora en silencio y tiene sobre la cama un hermoso chal.

—Micaela... Meparece que esta enferma necesita de sus consuelos. ¿Por qué no se acerca? Debe sufrir mucho su espíritu...

—Me he detenido el ver ese chal. Si tuviera ahora lo que ha costado, seguramente no estaría aquí.

—De mi casa lo traje...

—¡Qué disparate! Yo acabo de comprar uno igual en París y me ha costado diez mil reales.

El P. Risco analiza y amplía esta anécdota. La Vizcondesa joven se sienta a los pies de la cama de la pecadora mísera. Poco a poco conoce su historia, no por vulgar, menos angustiada y triste. Una muchacha de provincias, un proyecto de matrimonio con un Marqués falsificado, una red hábil, y luego la bola de nieve que desciende desde la cumbre dorada por el sol, para hundirse y destrozarse en el abismo.

La Vizcondesa se impresiona. Y concibe una idea: la preservación de las jóvenes a las que la vida coloca en situación fácil para la caída, la reivindicación, material y social, de las pecadoras.

Micaela Desmaisières crea y sostiene una escuela para doce niñas, de cuya manutención y vestido cuida ella sola. Funda en Madrid las Juntas de Socorro a domicilio. Y

más tarde, el Asilo de las Arrepentidas. En París, el Rey Luis Felipe, impresionado por su caridad, la sienta al lado de la Reina, en prueba de simpatía y de respeto, y se interesa por sus obras. Hay envidias. Y en Bélgica, en oposición a su familia, entra de Hermana de la Caridad. En 1848 rige una casa en Madrid y luego el Asilo de las Arrepentidas, que fundara. Funda otras varias casas. Y muere en Valencia, en 1885, víctima del cólera, al atender a sus Hermanas enfermas.

\* \* \*

Yo estoy, amigos—trasladáos conmigo al año 1934—, yo estoy en el interior de la Basílica de San Pedro, en Roma. Largas, inmensas, interminables colgaduras. Una orgía de luces. Multitud de fieles. Y he aquí que en medio de esta multitud ingente, apiñada, estrujada, enfebrecida, yo descubro a una pequeña, menuda, insignificante monjita. No sé cómo ha sido. Es lo mismo que, en un mar agitado, donde las olas gigantescas se encrespan y alcanzan alturas inconcebibles para estallar en una cascada fantástica de espuma, intentar hllar una perla, una lágrima, delicada, suave, diminuta. Este efecto me hace esta monjita, perdida en el oleaje humano. Es eso: una monjita. Es delgada, de baja estatura. Tiene la tez blanca, mate, contrastando con su toca, blanca también, pero brillante. Los ojillos no se ven apenas, porque no son grandes, porque son azules y porque se pierden en la carnosidad de unos párpados siempre entornados.

Yo la observo. El rostro de la monjita refleja una emoción íntima, oculta. Y de pronto... De pronto se percibe un murmullo. Y entra el estandarte de la Santa. Estandarte en el que figura la Madre Micaela del Santísimo Sacramento. Yo veo algo en la cara de la monjita, algo que me lo dice todo sin reflejar, acaso, abiertamente, nada.

Es muy sencillo. Porque es muy fácil imaginar una cosa. Imaginar que nuestra madre—¿quién tiene una madre que no sea santa?—aparece de pronto, por vez primera, en un estandarte, para ser venerada, para que esa santidad, que sólo nosotros conocíamos, salte de pronto al dominio de las gentes, se reconozca, se exalte y se venera. Y entonces...

—Entonces se comprende todo. Hasta la actitud de esta monjita que se ha crecido de pronto. Que ha subido, rápida, a un pálpito. Y ha gritado en castellano, con todas sus fuerzas:

—¡Viva la Madre Sacramento!

Pero, ¿qué es una monjita en la inmensidad del templo de San Pedro? Lo que una lágrima en el mar.

Aparece Su Santidad el Papa Pío XI. Viene en silla gestatoria, dominando, bendiciendo a los fieles. Suenan los clarines. ¡Qué hermoso vibrar el de las cornetas pontificias! Se abren paso sus tropas. ¡Grandeza única, solemnidad emocionante! ¡Culto exterior necesario, preciso, para dar realce humano a una magnificencia divina!

—¡Viva el Papa!

—¡Viva la Madre Sacramento!

Luego... Especial para los españoles: ¡Audiencia pontificia!

Salón del Trono. Pío XI ha descendido de la silla gestatoria. Frente a él, un micrófono hace que la voz del Pontífice llegue a todos los oídos. Yo estoy tan cerca, que la escucho sin esfuerzo alguno. Y recojo en unas cuartillas sus palabras.

El Pontífice habla. Y un silencio profundo, hijo de una emoción contenida, de un respeto inusitado, acoge su voz. Una voz cálida, suave, limpia.

El Pontífice habla. Tiene la mano izquierda inmóvil, apoyada en la rodilla. La derecha, en cambio, se levanta y cae con lentitud, con parsimonia, con solemnidad. Algu-

nas veces se alza con más violencia rubricando un concepto, resumiendo una idea. A pesar de ello la mano izquierda permanece quieta, ajena a todo.

El Pontífice habla. Es el suyo un discurso conciso y claro. Repite, insiste, remacha algunas palabras como para darles la plenitud de su contenido, toda su fuerza, toda su importancia. Cuando pronuncia la palabra España, hay en ella una ternura infinita, un cariño grande, un afecto inmenso.

El Pontífice habla. Y es su hablar, reflejo de Dios. Habla y afirma que bendice a los enemigos que nos combaten. Les bendice y ruega al Señor que vuelva al redil a las ovejas descarriadas.

Cuando el Pontífice acaba, tiene lugar otro espectáculo, para mí, también, emocionante: un sacerdote traduce las palabras del Papa, del italiano al español. Y entonces el Pontífice calla. Calla, pero su mano derecha asiente a la lectura en algunos párrafos cuyo contenido recuerda. Y tiene un gesto comprensible, una satisfacción interna, un asentimiento elegante.

El Pontífice se levanta. Se dirige de nuevo a la silla gestatoria. Pero, una vez el camino emprendido, retrocede. Y se dirige a las banderas blancas de la Adoración Nocturna. Las toca, sonríe paternal a sus abanderados—

¡cuántos murieron en la revolución roja!—y, definitivamente, sube y se aleja. Se aleja bendiciendo a los españoles, a España entera—son sus palabras—que es la que le aclama, que es la que le vitorea, que es la que le aplaude.

Y surgen gritos, fuertes, enérgicos, subrayados con ovaciones indescriptibles:

—¡ Viva el Papa!

—¡ Viva Pío XI!

—¡ Viva España Católica!

Y el Papa sonríe un momento con emoción y con ternura. Una sonrisa de padre agradecido...

Y su mano, que nunca se cansa de bendecir, en un esfuerzo supremo, sigue bendiciendo, bendiciendo, hasta a sus enemigos, que le combaten.

¡Qué hermosa es la Religión Católica!

\* \* \*

Sí, amigos... Yo, siempre que evoco la dulce memoria de Pío XI, me lo represento en 1934, encendido de celo y de entusiasmo, ofrendando a Dios nuevas flores—nuevos Santos—para su celestial jardín...

*Antonio Pérez de Olaguer.*

## Un incidente Papal en los jardines de Castelgandolfo

Como ya es sabido, los Tratados de Letrán devolvieron al Pontífice esta famosa villa de los «Castelli Romani» que tradicionalmente les había pertenecido, y que constituía su refugio durante los insanos meses de verano, en que el clima romano se torna insoportable. Parte de estos jardines tienen el carácter de granja, que Pío XI respetó y fomentó. Su ya citado biógrafo Fontenelle nos cuenta un delicioso incidente del que el Papa, ya en plena ancianidad, fué protagonista:

«... Otra vez—era hacia el fin de sus vacaciones, en 1937—el Padre Santo, convaleciente de su enfermedad, daba, lentamente, su paseo en coche por su «villa». Y es entonces que se produjo un encantador episodio, de carácter dulcemente patriarcal. Es el caso que en un rincón de los jardines había nacido una pequeña gacela. Como acostumbra, el macho buscaba querella con la inocente criatura, y le hubiera jugado sin duda alguna mala partida sin la maravillosa intervención del Papa, el cual, desde su coche, se dió cuenta del peligro, y habiendo requerido la intervención de su camarero, la tomó sobre sus rodillas hasta la vecina granja donde la reanimó personalmente antes de devolverla a los cuidados maternos. «Ésta podrá decir algún día, murmuraba, sonriendo, que ha sido salvada por un Pontífice!» ¿No parecía esto un símbolo de la parábola del Buen Pastor, renovada en aquella tarde otoñal, sobre la colina de Castelgandolfo?»

# "Caritate Christi compulsi"

*Fragmentos de la Encíclica «Caritate Christi compulsi» escrita por S. S. Pío XI el 3 de mayo del año 1932, a raíz de la crisis económica, social y religiosa por que atravesaba la humanidad, y que debían conducirla, como se desprende de la certera y amplia visión del Pontífice, al actual derrumbamiento espiritual y material que alcanza a todos los pueblos y razas de la tierra.*

"Si recorremos con la mente la larga y dolorosa serie de males que, como triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación sobre la tierra, desde el diluvio hacia acá, difícilmente nos encontraremos con una calamidad espiritual y material tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora...

¿No es por ventura la codicia de bienes terrenos, que el poeta pagano llamaba ya con justo desdén: *auri sacra fames*; no es acaso el sórdido egoísmo, que con demasiada frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales; no es en suma la codicia, de cualquier especie y forma que sea, que ha arrastrado el mundo al extremo que todos vemos y todos deploramos? Porque, en realidad de la codicia proviene la desconfianza mutua, que esteriliza todo comercio humano; de la codicia, la odiosa envidia, que hace considerar como propio daño toda ventaja ajena; de la codicia, el sórdido individualismo, que todo lo ordena y subordina al propio interés, sin atender a los demás, más aún, conculcando cruelmente todo derecho ajeno. De aquí el desorden e injusto desequilibrio por el cual se ven las riquezas de las naciones acumuladas en manos de contadísimos particulares, que regulan a su capricho el mercado mundial, con daño inmenso de la masa del pueblo, como expusimos en nuestra carta encíclica *Quadragesimo anno*.

Que si ese egoísmo, abusando del legítimo amor de patria, y exagerando el sentimiento de justo nacionalismo que el recto orden de la caridad cristiana, no sólo no desapruueba, sino que al regularlo lo santifica y ennoblece, se insinúa en las relaciones entre pueblo y pueblo, no hay exceso que no parezca justificado, y lo que entre individuos se tendría por todos como reprobable, se considera ya como lícito y digno de encomio, si se ejecuta en nombre de ese exagerado nacionalismo. En lugar de la gran ley del amor y de la fraternidad humana, que a todas las gentes y a todos los pueblos abraza y estrecha en una sola familia con un solo Padre que está en los cielos, se introduce el odio que a todos envuelve en la común ruina...

Aprovechándose de tamaña calamidad económica y de tanto desorden moral, los enemigos de todo orden social, llámense *comunistas* o de cualquier otro modo—y es éste el mal más tremendo de nuestros tiempos—, se afanan y trabajan audazmente por romper todo freno, por destrozarse todo vínculo de ley divina o humana, y empeñan abiertamente o en secreto la lucha más fiera contra la religión, contra el mismo Dios; realizando el diabólico programa de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, todo sentimiento religioso; ya que saben bien que, quitada del corazón de la humanidad la fe en Dios, podrán conseguir sus más perversos fines...

Mas ante este odio satánico contra la religión, que recuerda el *mysterium iniquitatis* de que nos habla San

Pablo, los solos medios humanos y las trazas de los hombres no bastan, y Nos creeríamos, venerables hermanos, faltar a nuestro apostólico ministerio, si no señaláramos a la humanidad los maravillosos misterios de la luz, que encierran ellos solos en sí la fuerza de sojuzgar las desencadenadas potencias de las tinieblas. Cuando el Señor, bajando de los esplendores del Tabor, sanó al jovencito atormentado del demonio, que los discípulos no habían podido curar, a la humilde pregunta que le hicieron: *¿Por qué no le pudimos echar nosotros?*, respondió con las memorables palabras: *Esta clase no se echa sino con oración y ayuno*. Parécenos, venerables hermanos, que estas divinas palabras se deben precisamente aplicar a los males de nuestro tiempo, que sólo mediante la oración y la penitencia pueden conjurarse...

Los hombres que en todas las naciones ruegan a Dios por la paz sobre la tierra no pueden ser al mismo tiempo los sembradores de la discordia entre los pueblos; los hombres que se vuelven en la oración hacia Dios, no pueden fomentar aquel imperialismo nacionalista que hace de cada pueblo el propio Dios; los hombres que miran al *Dios de la paz y del amor*, que se dirigen a Él por medio de Cristo, que es nuestra paz, no descansarán hasta que finalmente la paz, que el mundo no puede dar, descienda del Dador de todo bien sobre los hombres *de buena voluntad*...

A la oración es menester acompañar la penitencia, el espíritu de penitencia y la práctica de la penitencia cristiana. Así nos lo enseña el Divino Maestro al comenzar su predicación por la penitencia: *Comenzó Jesús a predicar y a decir: Haced penitencia*. Así también nos lo enseña toda la tradición cristiana, la historia de toda la Iglesia en las grandes calamidades, en las grandes tribulaciones de la cristiandad; cuando más urgente era la necesidad del auxilio divino, los fieles espontáneamente unas veces y las más siguiendo el ejemplo y la exhortación de los sagrados pastores, han echado siempre mano de estas dos fortísimas armas de la vida espiritual: la oración y la penitencia...

La oración, por tanto, y la penitencia, son los dos poderosos espíritus que en estos tiempos nos ha mandado Dios para que retornemos a Él la descarriada humanidad, errante de una parte a otra sin guía; son los espíritus que deben disipar y reparar la primera y principal causa de toda evolución y rebeldía: la rebelión del hombre contra Dios. Los mismos pueblos son los llamados a tomar en este punto una decisión definitiva; o se confían a estos bienhechores y benévolos espíritus y se convierten, humildes y penitentes, a su Dios y Padre de misericordia, o bien se abandonan a si mismos con lo poco que todavía queda de felicidad sobre la tierra, al poder del enemigo de Dios, es decir, al espíritu de venganza y destrucción.

# NOTAS DE INTERÉS

## El Centenario del Apostolado de la Oración. — Cursillo para Directores

Con motivo del centenario del Apostolado de la Oración, dará comienzo el día 8, Dios mediante, en el Seminario Conciliar de Barcelona, un cursillo nacional para Directores del Apostolado, al cual han sido invitados los Rvdos. sacerdotes del clero secular y regular.

En este cursillo que se desarrollará hasta el día 15, competentes oradores glosarán, en varias lecciones, el contenido de la obra del P. Enrique Ramière "*El Apostolado de la Oración*".

Las lecciones tendrán lugar según el siguiente orden:

1.ª *Naturaleza del Apostolado de la Oración y fuentes de su eficacia*, por M. I. Sr. Dr. Cipriano Montserrat, Pbro. Director Diocesano de Barcelona; 2.ª *Primera fuente de la eficacia del Apostolado. La vida del alma es la gracia*, por el P. José María Azpiazu, S. J.; 3.ª *Promesa del Salvador a la Oración*, por el M. I. Sr. Dr. Ramón Bergadá, canónigo de la S. I. C. de Tarragona; 4.ª *Segunda fuente de eficacia del Apostolado. La asociación principio de fuerza en todos los órdenes*, por el Rvdo. Sr. Dr. Don Pablo Gárpide, catedrático del Seminario de Pamplona; 5.ª *Motivos de las promesas hechas a la oración, sacados de la naturaleza misma de Dios*, por el M. I. Sr. D. Baldomero Jiménez, del Seminario de Avila; 6.ª *Tercera fuente de la eficacia del Apostolado. Las oraciones de los cristianos son oraciones de Jesucristo*, por el R. P. Manuel del Portillo, S. I. Director Diocesano de Salamanca; 7.ª *La Sagrada Eucaristía y el Apostolado de la Oración*, por el Rvdo. D. Luis G. Montfort, Ecónomo de S. Pedro de las Puellas de Barcelona; 8.ª *El Apostolado de la Oración y la Santísima Virgen: Devoción al Inmaculado Corazón de María*, por el Rvdo. P. Juan María Gorricho, M. C. M.; 9.ª *Organización del Apostolado*, por el Rvdo. P. Juan Arriola, S. J.; 10.ª *Ventajas y oportunidades del Apostolado de la Oración*, por el Rvdo. Dr. D. Juan Tusquets, del Seminario de Barcelona; 11.ª *El Apostolado de la Oración y las Misiones Extranjeras*, por el M. I. Sr. Dr. D. Angel Sagarmínaga, Director Nac. de las Obras Mis. Pont.; 12.ª *El Apostolado de la Oración es acomodado a nuestros tiempos*, por el Rvdo. P. Ramón Orlandis, S. J. Promotor Diocesano del A. de la Obra en Barcelona y Director local de la Iglesia del Sagrado Corazón; 13.ª *Práctica del Apostolado. Del sello que ha de imprimir el Apostolado a las obras de piedad, a los ejercicios de penitencia y a las obras de caridad*, por el Rvdo. Sr. D. José Esteban, Párroco Arcipreste de Yecla; 14.ª *La Cruzada Eucarística*, por el Rvdo. P. José Julio Martínez, S. J. Director del "Mensajero del Corazón de Jesús"; 15.ª *Los Centros. Celadores y Celadoras*, por el Rvdo. P. Andrés Arístegui, S. J. Director Nac. del Apostolado de la Oración; 16.ª *El Apostolado de la Oración y la devoción a la Iglesia y a los Papas*, por el M. I. Sr. Dr. Don Vicente Lores, Rector del Seminario Conciliar de Barcelona.

## Exposición Iconográfica de la Devoción al Sagrado Corazón

Coincidiendo con la Asamblea de Directores del Apostolado de la Oración de toda España, se inaugurará el día 8 del presente mes de noviembre la I Exposición Iconográfica de la devoción al Sagrado Corazón a través de los tiempos. En la misma se han recogido notables aportaciones de diversos lugares de España, e incluso del extranjero, que avaloran con interesantes documentos el deseo de fomentar entre los fieles esta devoción, en la que CRISTIANDAD pone todo su esfuerzo. Con ello se tiende a dignificar cada día más la Iconografía del Corazón divino entre los artistas contemporáneos. CRISTIANDAD desea y se asocia al éxito de esta finalidad.

## Importante Pastoral del Excmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Canarias sobre: «Los obreros sin trabajo y los jornales insuficientes»

El Excmo. y Rdmo. Sr. D. Antonio Pildain y Zapiain, Obispo de Canarias, ha publicado recientemente una Cartata Pastoral sobre "Los obreros sin trabajo y los jornales insuficientes", que constituye una magnífica exposición de la doctrina de la Iglesia sobre la cuestión social y los remedios adecuados para su definitivo encauzamiento. En el llamamiento que precede a la Pastoral, el doctor Pildain escribe: "Es demasiado desgarrador el incesante desfile de diocesanos nuestros que son víctimas de una de las más injustas, inhumanas y desesperantes miserias que pueden caer sobre seres humanos, para que un obispo pueda dejar de apelar a todos los medios a su alcance, a fin de conseguir que procuren el necesario remedio cuantos tienen el inaplazable deber de aportarlo".

La Pastoral estudia varios puntos de sumo interés, entre los cuales destacaremos los siguientes: Necesidad de abordar estos problemas; derecho de la Iglesia a intervenir en estas cuestiones; los obreros sin trabajo; los obreros en paro parcial; repercusiones patológicas; la guerra actual castigo del paro; proceded por amor; el problema del paro obrero es un problema de justicia; el derecho al trabajo; el deber de procurar trabajo recae sobre los ricos, en primer término; deberes del Estado: imponer aquella obligación, sobre todo, a los más ricos, y no escandalizar con despilfarros e inmoralidades; el jornal suficiente según los Papas; gravísimas advertencias, etc.

El doctor Pildain termina su Pastoral con las siguientes palabras: "¿Será mucho pedirnos, amados Hijos míos, que lejos de oponer resistencias o pasividades, cooperéis a nuestros afanes que son los de los Papas, y correspondáis a nuestros llamamientos, cuantos os preciais del glorioso título de hijos de Dios, Padre de todos, y miembros de la Iglesia Santa de Jesucristo?"

Escuchad la voz de vuestra conciencia y respondedme con la mano sobre el corazón".

# *Cuevas de Artá*

---

## MALLORCA



*M*ÚLTIPLES son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia!

*Las maravillosas Cuevas de Artá*

# SALA Y BADRINAS

---

TEJIDOS DE LANA

---

Despacho en Barcelona: Caspe, 33 b. - Fábrica en Tarrasa: Prim, 59

Fabricación de altas fantasías en lanería para caballero

M. COROMINAS, S. A.

*Casa fundada en 1820*

SABADELL

*E. E.*



TARRASA